

io

del
ga-
ado

fr.

o

e

;

».

es

s-

u

ne

».

s-

s.

r.



Carpio: Libertad y responsabilidad.—Teodoro Boregi: Emilio Pouget. Una atrayente figura del pasado.—Eugen Relgis: Praga.—Cleanto: Atalaya anárquica. — El pensamiento vivo de Rafael Barret.—Francisco Olaya: El informe Krutchev. Perseverancia.—Vladimir Muñoz: Mi pequeña biblioteca anarquista.—Lector: Rincón del bibliófilo. Libros de nuestro tiempo.—Cosme Paules: Propagar es combatir.—Eliseo Reclus, Miguel Bakunin, Pedro Kropotkin, Cristian Cornelissen: Antología Libertaria (folletón encuadernable.)

Abril
1957

76

Revista Mensual

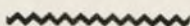
PRECIO: 80 FR.

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



NUESTRA PORTADA



MONUMENTO A LAS VICTIMAS DE HIROSHIMA

Nuestra portada reproduce el monumento elevado en Hiroshima a las víctimas de la primera bomba atómica lanzada sobre poblaciones civiles indefensas.

Los horrores que supone toda guerra quedan sobrepasados, alcanzan dimensiones apenas concebibles para la mente humana, cuando pensamos en lo que fué la explosión de ese horrible artefacto, que redujo a polvo una ciudad entera e hizo muchos miles de víctimas, de las que no quedaron ni las cenizas.

El Japón ha elevado a esos miles de aniquilados totales este monumento que reproducimos. Ojalá, ese testigo marmóreo de la barbarie humana, pueda servir de freno a los que, atacados de locura criminal, piensan en recurrir a esas armas de guerra y, en su sueño de destrucción y de dominio, no vacilan en aplicar contra el género humano los descubrimientos del hombre, dirigidos a mejorar su condición, no a destruir a la especie.

Ojalá también las multitudes despierten de su modorra, sacudan su indiferencia y se apresten a luchar contra el Estado y el capitalismo, en todas sus manifestaciones, antes de que Estado y capitalismo, en su lucha por dominar el mundo, nos lleven a la desintegración atómica.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VII

Toulouse, Abril 1957

Nº 76

LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD



NUESTRO siglo pone a prueba del fuego el valor, la capacidad, el ingenio y hasta los recursos psicológicos de cada hombre. En la mansedumbre práctica a que pretende someter al ejemplar humano, tornándolo dócil, achatado, abstracto como compendio uniforme de masa, logró establecer dos clases particulares, perfectamente definidas, tan luego al fin de la civilización capitalista en su concepción clásica.

Nuestro ideal se ha esforzado por arrasar todo concepto de distinción jerárquica entre una y otra persona. La evolución mental de cuantos se interesan en los problemas vitales de la sociología moderna, nos inclinó a la evidencia de que no podremos ser justos, libres ni fraternos si no arrasamos con tan abominables prejuicios. Sin embargo, a fuerza de atropellar la mentalidad humana, de vapulear su dignidad, de reducir a la mínima expresión su sensibilidad, tanto la dictadura como la democracia, hermanas en la disputa del osario colectivo, lograron fundir en materia a la muchedumbre deportista, a los hambrientos de novedades emotivas, a los ávidos de estridencias y contorsiones, frente a otro sector que observa, juzga y actúa sin patear, vociferar ni emitir el grito ululante emergente de la caverna.

Frente a la bestialidad desatada, al ruido del aplauso barato y sin control, en concentraciones políticas, manifestaciones explosivas ante la palabra demagógica del charlatán, politicastro o aprendiz de líder, es incuestionable echar mano al ronzal. La democracia y la dictadura pretenden exprimirnos a síntesis de número y es obligado recurrir a todas las reservas morales, soportando con toda frialdad, los dientes apretados y un silencio de sepulcro, el paso de la majada. Nuestra conducta, nuestra condición de auténticos demócratas, nuestro ideal revolucionario no puede descender al plano de esa muchedumbre enardecida ante cualquier acto o movimiento, que se agita a compás, ríe simiescamente ante el disparate menos inteligente, levanta al ídolo hasta las alturas y luego lo deja caer para darse el gustazo de aplatarlo con el pie y observar sus contorsiones de agonia.

La democracia primero, y la dictadura después, fueron

los causantes de este descenso moral, esta reducción gradual del intelecto al narcotizar los pueblos con los soporíferos de la política reencarnada en un nacionalismo absurdo y un patriotismo de almacén. Con sus falsas diferenciaciones de raza, han encanallado los pueblos, degradándolos aún más, haciéndolos más serviles. Porque a medida que el veneno va actuando en su débil mentalidad, se automatiza simultáneamente y responde dócil a los deseos del mandón, del capataz, del amo, del jefeazo y del dictador. La vida psicológica de nuestras multitudes se condujo a un grado de inferioridad, a baja condición, situada por el contacto con los gérmenes del totalitarismo demofascicomunista.

Bajo ninguna condición ni precio el hombre libre ha de colocarse en el mismo plano. Nosotros tenemos un ideal, cuya nota más sobresaliente la da el ejemplo. Nuestro triunfo está en el desarrollo intelectual, en el estudio de los factores que contribuyen a constituir el problema. Si nuestro ataque no puede ser frontal y fulminante porque la avalancha nos aplastaría sin remedio, beneficio y fines positivos, preciso es esperar, templados los músculos, contenida la respiración y activa la inteligencia, midiendo cómo ha de asestarse el golpe definitivo, cómo ha de herirse en su llaga más viva el cuerpo informe de una sociedad soberbia y fastuosa, envilecida, que arrastra al fango en que se hunde personas, vidas y pueblos.

Nosotros, no. Sin constituirnos en elemento pasivo, midamos nuestras fuerzas y utilicémoslas al máximo rendimiento. Difícil resulta convencer a un individuo, cuanto más a un conjunto y mucho más a una colectividad. No malogremos los resultados de nuestra acción, sacrificándolos estérilmente. Lo que nos distingue de la chusma, término despreciativo con que la burocracia capitalista denominó al trabajador, o de la plebe, cuando el obrero se alzaba en rebelión, es justamente lo que recibimos por conducto intelectual. Esa vía ha de regir nuestros actos toda vez que pongamos en movimiento nuestras energías. Si la sociedad capitalista actual estableció esas diferenciaciones, nosotros hemos de convertirnos en rectores, sometiéndola a nuestra voluntad, haciéndole morder el freno de nuestra indignación.

CAMPIO CARPIO

EMILIO POUGET

Una atzayente figuza del pasado



CUANDO murió Emilio Pouget, los jóvenes sindicalistas desconocían casi por completo todo cuanto se refería a la vida militante de este hombre admirable, que al final del pasado siglo jugó un papel preponderante en el movimiento obrero francés. En el momento de su desaparición, la Prensa obrera, por lo menos, rindió homenaje a Emilio Pouget, cuya actividad sindicalista es inseparable de la época heroica de la Confederación General del Trabajo.

Pertenecía, en efecto, a la tendencia revolucionaria del movimiento sindical, cuya figura representativa era Fernando Pelloutier. Si la C.G.T., a principios del presente siglo, pudo desarrollarse de forma vertiginosa, alcanzar su plenitud hacia 1906 y organizar poderosas acciones reivindicativas, ello lo debió, en una gran parte, al espíritu combativo y a la voluntad ardiente de Emilio Pouget, el cual, desprovisto de toda ambición personal, estuvo guiado desde su juventud por un ideal: contribuir al proceso de emancipación de la clase obrera.

Emilio Pouget, en su comportamiento y en su visión social, fué la encarnación misma de una doctrina, fundada sobre un pensamiento y un sentimiento revolucionarios, que dieron un nuevo sentido a su existencia.

UN ADOLESCENTE REBELDE

Desde la adolescencia, Emilio Pouget fué un rebelde. Recordaba la derrota de la Commune en 1871; el paso de los condenados a la deportación por Rodez, donde nació en 1860. Todos estos recuerdos dolorosos marcaron profundamente su infancia. Su afición al periodismo despertó a la edad de quince años, cuando publicó en su ciudad natal «Le Lyceen Républicain» en el que manifestaba ya sus audacias y sus tendencias anticonformistas. Desgraciadamente, la muerte de su padre le obligó a abandonar sus es-

tudios y a trasladarse a París para trabajar. Es allí donde se puso en contacto con anarquistas de tendencia proletaria.

FUNDADOR DEL SINDICATO DE EMPLEADOS

Particularmente dotado para la propaganda y la organización sindicales, a los 19 años creó el primer sindicato de empleados. Lleno de ardor y de entusiasmo, redactaba, además, textos antimilitaristas, cuyo estilo es tan brutal y vehemente que hoy no podemos reproducirlos.

En los años 1892-1893, el paro forzoso alcanzaba en París proporciones inquietantes. El 8 de marzo de 1893, la Cámara sindical de los carpinteros organizó un mitin en la Explanada de los Inválidos. Disperso por la policía, el grupo de manifestantes se rehizo en la calle del Horno, donde los parados hambrientos desvalijaron una panadería. Es en el curso de esta manifestación tumultuosa, cuando Pouget, queriendo liberar a Luisa Michel de las manos de los policías, fué detenido a su vez, injustamente acusado de «saqueo a mano armada» y condenado a ocho años de reclusión. No obstante, después de haber cumplido tres años de cárcel en la prisión de Melun, fué amnistiado.

APARICION DEL «PERE PEINARD»

Sus años de encarcelamiento no hicieron más que reforzar sus convicciones, saliendo de la cárcel más decidido que nunca a luchar por la gran causa del proletariado. Fundó un periódico obrero, «Le Père Peinard», que recordaba «Le Père Duchêne», de Hébert, durante la revolución de 1789. Estaba escrito en un estilo rudo, naturalista y «argótico», teñido de humor truculento. Rápidamente «Le Père Peinard» alcanzó una extraordinaria popularidad en toda Francia.

El primer número apareció el 24 de febrero, en forma de un pequeño folleto. En su preámbulo, Emilio Pouget precisaba sus intenciones sin ninguna moderación: «Ver este fin de siglo asqueroso hasta lo imposible, donde todo es mentira, crapulería y banditismos y asistir a todo ello con la boca cerrada, esto yo, por todos los diablos, no podía hacerlo.

La malignidad de los patronos me ponía también furioso. cuyas ideas ejercieron sobre su espíritu en ebullición una sensible influencia.

Esos camellos no se privan de nada. Se presentan en el taller, una vez tomado con toda comodidad su chocolate y lo que saben hacer muy bien es bramar contra los compañeros y palpar la buena plata. Fuera de esto, para ellos nada existe. Yo me repetía muchas veces: ¿No habrá por ahí un tío con bemoles que tenga el valor de gritar todas esas verdades? A fuerza de pensar en ello, de hablar con los compañeros, me he dicho a mí mismo: ¿y por qué no yo? Hay buen sentido en mi cabeza. He aquí por qué «el padre Peinard» se ha hecho periodista.»

«Los chicos de los talleres, los chavales de las fábricas; todos los que sudan y penan, me comprenderán. Es la lengua del pueblo la que voy a utilizar; y será en el mismo tono en que nosotros comentamos como hablaré yo» (1).

Emilio Pouget se lanzó a la lucha social para defender todas las reivindicaciones del proletariado. Simultáneamente, atacó con una extremada violencia de lenguaje, al capitalismo, a las grandes sociedades bancarias, a la Iglesia, al militarismo, al parlamentarismo, a la magistratura, símbolo de la «justicia de clase». El «Padre Peinard», que interpretaba su concepción social, fundada sobre la filosofía del anarquismo, revelaba en Pouget un libelista peligroso, de estilo atrevido, pintoresco, vigoroso y acerado y cuya literatura estaba alimentada por el culto de la libertad y de la justicia, por su amor de la verdad y su odio a la mentira, a los poderosos, a los egoístas insaciables, a los organizadores de los crímenes sociales. El sueño de Pouget era, pues, la realización de la gran fraternidad universal en un orden moral de la sociedad, donde los explotadores de la miseria humana y los opresores no tendrían lugar, donde la clase obrera podría al fin encontrar su dignidad en la libertad y en la igualdad de derechos.

Esta actitud calurosa y fraternal de Emilio Pouget en relación con el proletariado y su comprensión justa de los problemas obreros que agitaban su época, explican la influencia considerable que los folletos del «Père Peinard» ejercieron en el estado de ánimo del movimiento obrero en general. Ellos suscitaron verdaderas agitaciones en los sindicatos profesionales, incitando a los trabajadores a acciones de huelga para obtener la mejora necesaria de su condición de vida, tan deplorable en esos tiempos.

El «Père Peinard» fué, pues, un excelente medio de propaganda, puesto al servicio de la lucha cotidiana y de las aspiraciones sociales de la clase trabajadora. Los pasquines «El Padre Peinard al Pueblo» se tiraban a 20 o 30.000 ejemplares. El éxito extraordinario del «Père Peinard» en el mundo obrero era tal que el Poder público se sentía inquieto ante esta publicación más y más «peligrosa» para la sociedad burguesa. Para colocar al «Père Peinard» en la imposibilidad de perjudicarles, Emilio Pouget fué perseguido y periódicamente enviado a la cárcel de Santa Pelagia.

(1) Hay aquí un párrafo en argot que no traducimos, porque, vertido al español, todo ese texto no tiene la gracia ni el doble sentido que en el lenguaje coloreado de Pouget en «Le Père Peinard».

EL DESTIERRO EN INGLATERRA

Después, las persecuciones desenfrenadas contra el movimiento anarquista, a consecuencia de la ejecución del presidente Sadi Carnot; el voto de las leyes excepcionales y las detenciones de militantes libertarios, obligaron a Emilio Pouget a suspender la publicación del «Père Peinard». «Podría citar diez, veinte localidades obreras, escribe su compañero de lucha Pablo Delessale, tales como Trélazé, Fourchambeault, donde todo el movimiento se ha hundido después de la desaparición del «Père Peinard». En París, entre los ebanistas del Faubourg San Antonio, el movimiento reivindicativo duró tanto como duró la vida del «Père Peinard». Y fué una prueba irrefutable de la influencia de las ideas sindicalistas revolucionarias sobre el espíritu de la clase obrera.

Implicado en el asunto de los Treinta, se vió obligado a refugiarse en Londres, donde ya vivía Luisa Michel. Sin perder tiempo, Pouget preparó una nueva serie del «Père Peinard», de la que sólo se publicaron ocho números, hasta enero de 1895. Sin embargo, Pouget se decidió a regresar a Francia, para constituirse prisionero, pero fué absuelto, como, por lo demás, todos los acusados del proceso de los Treinta. Inmediatamente, Pouget empezó a publicar «La Sociale», que fué la continuación del «Père Peinard». Todas las peripecias, los riesgos, los disgustos, los dolores de cabeza, las molestias, consecuencias de la vida de un militante imperturbable, en nada habían alterado su ardor. En la propaganda de sus ideas sindicalistas y libertarias desplegó una actividad vigorosa, con la misma tenacidad irreducible y la misma audacia de antaño.

POUGET TOMA PARTE EN LA ACCION DE LA C. G. T.

Fué por esa época cuando se creó la Confederación General del Trabajo en Limoges (1895). Desde su constitución, Emilio Pouget se afilió a la nueva organización sindical, a la que consagró enteramente trece años de su vida, al lado de Fernando Pelloutier. Con su sentido innato de la propaganda, Pouget ayudó a la joven Confederación a superar los primeros años difíciles. Pero la C.G.T., a partir de 1898, empezó a alcanzar un desarrollo poderoso y una importancia social cada día mayor.

REDACTOR EN JEFE DE «LA VOZ DEL PUEBLO»

Periodista por vocación, Emilio Pouget percibió el papel primordial de la Prensa en la batalla obrera, para la conquista de los derechos sociales. Sugirió a los Congresos confederales de Toulouse (1897) y de Rennes (1898) la creación de un órgano de combate, exclusivamente redactado por los trabajadores sindicados. Su sueño, acariciado desde hacía mucho tiempo, no se realizó hasta dos años más tarde. En efecto, fué el 8 de diciembre de 1900, cuando salió el primer número del órgano confederal «La Voz del Pueblo».

Durante ocho años, hasta cuando estaba en la cárcel por delito de imprenta, Emilio Pouget fué el alma y el espíritu conductor de «La Voz del Pueblo». En él manifestó su talento de polemista, su estilo mordaz, su gusto por la sátira virulenta, su sensibilidad generosa, su pasión revolucionaria y su cultura. Secretario adjunto de la C.G.T. y Secretario

de las Federaciones de las Bolsas, Pouget hizo de «La Voz del Pueblo» un verdadero instrumento de la batalla obrera. En 1904 emprendió un combate tenaz y sin tregua por la jornada de ocho horas y el reposo dominical, contra las oficinas de colocación y contra todas las iniquidades que sufría el mundo del trabajo. «Es toda la clase obrera la que lucha por su pluma», escribía Delessale. No es, pues, exagerado decir que si la clase trabajadora ha conquistado la jornada de ocho horas y el descanso semanal, ella lo debe en parte apreciable a Emilio Pouget.

LA SITUACION EN LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO SINDICAL

Si debiéramos ahora fijar el sitio que le corresponde en la historia del movimiento obrero de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, se puede afirmar con Pablo Delessale, que entre 1896 y 1907, Emilio Pouget ejerció un ascendiente estimulante sobre los Congresos de la C.G.T. Sus informes, sus intervenciones y sobre todo su trabajo efectivo en el seno de las comisiones, son la prueba más efectiva de lo que le debe el sindicalismo. En Amiens, fué él el que tuvo la pluma en la mano, y la Carta del sindicalismo está en parte redactada por su tinta.

UNA DE LAS FIGURAS MAS ORIGINALES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Emilio Pouget publicó centenares de artículos que demuestran la sinceridad y la pureza de su idealismo, su desinterés absoluto y su fe en el triunfo del sindicalismo. Novelista, sus obras, cuyos temas le fueron sugeridos por los

diversos aspectos de la vida del pueblo, conocieron un gran éxito en los medios obreros. Sociólogo, escribió folletos de divulgación. Entre otros recordamos «La Confederación General del Trabajo», «El Sindicato», «Las Bases del Sindicalismo», en los cuales definía el sentido del sindicalismo revolucionario, la significación de la felicidad y de la solidaridad colectiva. «El sentimiento de amplia fraternidad, escribía, la comprensión tan profundamente humana del acuerdo social, constituyen la belleza del sindicalismo... La superioridad del sindicato sobre las otras formas de coalición de los individuos, reside en este hecho: en que la obra de mejoración parcial y la más decisiva de transformación social se realizan paralelamente... La felicidad consiste en la certidumbre de la vida asegurada; consiste en que el ser humano sea libertado de todas las servidumbres y de todas las coacciones determinadas por la voluntad humana. La solidaridad que asegurará la liberación de los trabajadores de la opresión capitalista, es una condición esencial de la vida».

Emilio Pouget fué un luchador encarnizado que dió a la clase obrera lo mejor de sí mismo. Este hombre silencioso, tan simple, tan cordial y tan bueno, era de una temeridad excepcional. Despreciando el miedo y criticando la debilidad y la pusilanimidad en las grandes batallas obreras, fué también un trabajador ordenado, metódico y ponderado. Sin ningún género de duda, es una de las figuras más curiosas y más originales del movimiento obrero. Sus principios revolucionarios y sindicalistas, que conservó hasta la muerte, eran el fruto de un razonamiento tan apasionado y tan noble como fué su propia vida.

Trad.: F.M.

Teodoro BOREGI



IP R A G A

I

LA HISTORIA DE UNA CIUDAD EN IMAGENES



ESDE la estación Denis hasta «Representación Café» hay algunos minutos de marcha. El doctor Otto Rádl, joven abogado, publicista, redactor del diario «Ceske Slovo», llega en el instante en que me decidía a irme solo. Según sus indicaciones, el taxi da algunas vueltas, deteniéndose en las esquinas o las plazas desde donde las perspectivas de la ciudad pueden ser abarcadas en su conjunto, inéditas para mí, como páginas de álbum. El tráfico con sus vehículos y la multitud de peatones, pasa a segundo plano, ignorado a veces en mi contemplación.

Pocas ciudades muestran, como Praga, su historia en imágenes directas, mediante ese lenguaje arquitectónico que traduce los esfuerzos y afanes de cada generación. Los siglos dejaron sus rastros, sus signos específicos en esta ciudad cercada por barrios que tienen, cada uno, otras características. Todavía estamos en el centro moderno, que ha logrado destacarse por sus aspectos graciosos y multicolores, evitando la uniformidad geométrica de los bloques comerciales y bancarios de otras capitales. Veredas en mosaico y azulejos. Fachadas ornamentadas con cerámica; florones de cemento sobre sencillas superficies lustradas; plantas bajas en revestimiento de mármol y en cuyos cuadros las vitrinas aparecen como sorprendentes cajas de Pandora. Algunas casas parecen de una sola pieza, sin pisos delimitados y hasta sin fachada, transparentes, con sus grandes tableros de cristal fijados en marcos de hierro y hormigón.

El Café en el cual penetramos por una gradería cubierta, puede ser, con sus altas ventanas estilo Renacimiento y con sus cortinas purpúreas, la sede de un ministerio, de una embajada o de un teatro. La sala con sus balcones dorados y sus nichos ha servido, opr supuesto, en otros tiempos, para las recepciones y fiestas selectas. Ahora está llena de consumidores, agrupados en torno de las pequeñas mesas de mármol en la media hora que precede la apertura de las oficinas y de los comercios. El mozo, vestido de frac, nos trae un montón de periódicos. Pero Otto Rádl, a quien le dije que tengo que partir de noche para Berlín, no me deja perder ningún minuto. Mientras tomo el té (que, servido en una multitud de piezas plateadas, parece más bien un elixir ritual) observo las innumerables figuras de la sala trepidante, atestada como una colmena. Una amalgama de expresiones, neutralizadas en una fisonomía colectiva que denota tenacidad, osadía, agilidad. ¿Todos checos? Son más bien una docena de «tipos» étnicos, templados en la lucha cotidiana por la subsistencia. Los antagonistas son más evidentes en las manifestaciones políticas que en la vida puramente social, más en los asuntos religiosos y la educación que en la actividad económica, más en las aldeas y las provincias que en Praga la que, igual que cualquier otra ca-

pital, debe ser una síntesis del país: corazón en el cual late la vitalidad de un pueblo, conciencia que vigila, como el capitán de un barco, en el flujo y reflujo de los acontecimientos históricos.

Recorremos la ciudad. Entre las siluetas de iglesias, ninguna idéntica a las otras, me sorprende, en un recodo, la flecha azulada de la torre Eiffel. Mi cofrade se apresura a disipar mi asombro: tiene sólo treinta metros de altura, la décima parte del original parisiense, y es un entretenimiento popular, como la rueda gigantesca del Prater vienés. Pero he ahí la Praga antigua. Las imágenes se acumulan, se sobrepone. La torre del arsenal, el Graben, la plaza Wenzel y, de repente, el Hradkin: la fortaleza de macizas escaladas, con los fortines, los palacios, la catedral y los monasterios, con los parques estrechos, entre altas murallas crecidas de las rocas vivas, con escarpas, pasillos de cien peldaños y senderos tortuosos que suben y penetran en el laberinto medieval.

Atravesamos el puente Carlos IV sobre las aguas verdosas del Ultava. Bajo la bóveda de una torre del siglo XIII, pasan los automóviles rápidos. Nosotros, para gozar cómodamente de perspectivas más amplias y, a la vez, de los mil detalles pintorescos, subimos con el tranvía, es una ruta serpenteante, que parece volver a cada recodo, pero saltando de un piso a otro, de un pequeño jardín al nivel de un techo. Las casas están incrustadas en la roca, hundidas en el declive, anidadas en los pliegues de la colina, estando los cimientos de la una apenas separados de la gotera de la otra. Las espirales de la línea del tranvía suben en ciertas curvas de una manera fantástica, vertiginosa (la ciudad tiene unos doscientos kilómetros de vías electrificadas), contorneando al Hradkin, para correr luego bajo bóvedas vegetales, a lo largo de hileras de árboles entre los cuales se puede ver, como en el fondo de un precipicio, la ciudad entera, apretada entre sus límites—en río, las murallas, los barrios industriales—una mezcla de muchos colores, con sus torres y camparios puntiagudos, sus perfiles en zig-zag vertical, a menudo redondeados por una cúpula o una plaza... En las laderas del Hradkin, alrededor de la fortaleza, descubrimos sucesivamente los jardines que ocultan, bajo sus copas frondosas, instituciones oficiales, casas residenciales, chalets y pabellones. Que fuera posible reunir y acomodar tantas construcciones, algunas casi milenarias, otras recién terminadas, sobre este nudo rocoso del planeta, eso no es de extrañar si pensamos en la inquebrantable perseverancia de las hormigas que reconstruyen dos, tres y hasta diez veces, en un puñado de tierra, sus hormigueros tan perfectos, aplastados por talones y cascos, o revueltos por el acero del arado...

CON EL PROFESOR EM. RADL SOBRE THOMAS G. MASSARYK

El tranvía llega a una plazuela adornada de zarzas y pequeños árboles torcidos, como un jardín japonés. Estamos a la altura de las nubes que han oscurecido de repente el cielo. Lluvia fina, pulverizada por el viento frío. No sos-

pechaba que del otro lado de este jardín colgado, aéreo, hay algunas calles más y muchos chalets y casas de recreo. Bajamos cerca de un edificio donde el profesor Emilio Rádl, avisado por teléfono, nos recibe a esta hora temprana en una biblioteca luminosa. Montones de libros nuevos esperan sobre el escritorio. Obras de filosofía, sociología, educación, pero también revistas y boletines que evidencian una intensa actividad en el plano avanzado de la actualidad. El profesor es presidente de la sección de la «Liga de los Derechos del Hombre». Lo solicitan muchas organizaciones juveniles y movimientos internacionales. Un erudito, para el cual la idea es a la vez acción. Su expresión es enérgica, su gesto firme...

Próximo a la catedral del Hradkin se puede ver todavía una hilera de casuchas antiguas, agazapadas junto a las murallas de la fortaleza, al margen del precipicio. Es la callejuela de los alquimistas medievales. Habitaciones minúsculas que abrigan hornos y retortas, los laboratorios rudimentarios de los que buscaban los secretos de la vida y de la materia en el espeso bosque de las supersticiones, mezclando la cuadratura del círculo y la transmutación del plomo en oro con una teología medio satánica. Las figuras de estos sabios herméticos, meditando entre un cráneo y una lechuza, con un folante sobre las rodillas, se me aparecieron, fantasmales, en esta biblioteca moderna.

—En nuestros días—dijo—el intelectual ya no puede gozar del privilegio de la meditación solitaria, como los alquimistas que recibían subsidios reales para presagiar el porvenir y ahuyentar las fuerzas malas. El intelectual es un «servidor del Espíritu», pero tiene que ser él mismo un espíritu libre...

El profesor replica, sonriendo:

—Si por esta expresión: «intelectual libre» se entiende al erudito, al «clérigo» en el sentido dado por Julián Benda, entonces le confieso que no tengo gran estima para con esta clase de hombres. Nuestro mundo no necesita intelectuales libres. Estamos obligados a trabajar para la sociedad. Somos inevitablemente solidarios con ella... No existe el «espíritu», como algo distinto y separado. El espíritu se infiltra, como el aire, en todas partes: en política, en literatura, en ciencia, en la vida social y privada. El espíritu no existe «afuera» o «más allá» de la vida actual...

El profesor Rádl no es, sin embargo, un positivista rigurosa que combate el espiritualismo con argumentos filosóficos. Por el contrario, para él las fuerzas espirituales tienen un papel primordial en la sociología práctica. Y hasta en los problemas sociales de la Checoslovaquia:

—Creo que en la Constitución de nuestra joven República (el profesor me hablaba en 1930) los sentimientos de humanidad y de justicia social están claramente expresados. Le recuerdo en primer término las leyes de previsión social. Es verdad que la justicia social no está todavía realizada tal cual la soñamos nosotros. Se necesitan también organizaciones independientes de la tutela del Estado. En fin de la «Liga por los Derechos del Hombre», por ejemplo, es el de llegar a todas las consecuencias prácticas de la idea humanitaria, convirtiéndola en una fuerza activa dentro de nuestra vida pública.

—Eso nos hace volver al problema de la paz, no tan sólo entre naciones sino también entre clases...

—El pacifismo no constituye por sí mismo una base suficiente para una actividad sistemática. Un perfecto cristiano, un librepensador, un demócrata o un socialista puede actuar de una manera práctica por la paz, mucho más que aquel que es solamente pacifista... No se ha insistido bastante acerca de esta verdad: el pacifismo debe ser interior, y no aparente... Las relaciones internacionales no serán clarificadas mientras rijan en cada nación la desconfianza, el odio, el temor entre los individuos. El interés real es que tenga buenas relaciones con sus vecinos de otro color político o religioso, con sus vecinos de otra clase u otro idioma.

ma. ¿Son acaso propicias a la paz las incitaciones chauvinistas de los periódicos, los privilegios otorgados a cierta minoría nacional, las agitaciones entre los obreros, las manifestaciones estudiantiles que no tienen objetivos científicos, sino que ocultan ciertas intrigas políticas?... La pacificación interna, en los cuadros de cada Estado, es más importante que los convenios internacionales. Evidentemente, tienen que ser apoyados los conductores políticos que trabajan realmente por la paz. Pero yo, personalmente, me atengo a esta norma de conducta: *hic Rhodus, hit saltat*...

Un hombre me viene a la mente: Masaryk. Un filósofo y un revolucionario, un adepto espiritual de Hus y un militante político. Llegó a la presidencia de la República gracias a un ascenso tenaz, que algunos consideran natural, lógico; pero otros ven en su ascenso una hábil maniobra de los politiqueros que necesitaban, como jefe de Estado, a un prestigioso idealista. Símbolo de un país que no era unitario por su idioma, su religión y su «raza» y que debía ser constituido, entonces, de una manera federativa, como una nueva Helvetia, entre los Estados vecinos disminuidos o acrecentados después de la guerra... Masaryk defendió la verdad histórica (el caso de 1886, cuando se utilizaron por fines patrióticos manuscritos falsificados); afrontó las persecuciones de la Iglesia oficial y combatió la superstición del homicidio ritual atribuido a los judíos, prefiriendo ser injustamente calumniado por los estudiantes checos. La biografía de Thomas G. Masaryk es hermosa hasta la victoria suprema: la jefatura del Estado. Pero ¿desde cuándo?

—No podemos olvidar—dijo—que Masark ha escrito «Los ideales de la Humanidad», que su moral estaba basada en relaciones puramente humanas, armonizándose de este modo el sentimiento con la razón... Partiendo desde el mandato del corazón: «Ama a tu prójimo», él se elevó hacia la concepción integral de la humanidad. Ser un hombre... Si no se dejó seducir por el vacilante e indefinido amor humanitario, poniendo el acento sobre la práctica individual del amor, reconoció que también el ideal nacional es incierto, fluctuante. «¿Cuánto se miente en nombre del pueblo, al igual que en nombre de la humanidad!», escribió él mismo. Lo humano debe ser confirmado por hechos, por el trabajo en pro de la humanidad, del pueblo y de la familia, del partido y del camarada. No por medios violentos, ni por la opresión, ni tampoco por el martirio. «Si hasta ahora resonó el grito: «¡Abajo los inquisidores!», debemos clamar también: «¡Abajo los mártires!» Amemos la vida, nos aconseja Masaryk, pero sin sentimentalismo: esto lleva al egoísmo. ¡Amor consciente! «No anheles siempre la felicidad, sino cumple con tu deber». Y esta verdad, tan ignorada todavía: «La moral significa, en gran medida, moral política. No separemos la moral de la política... He ahí algunas ideas que nos determinaron, a nosotros, los humanitaristas, a considerar a Masaryk como un precursor. Pero algunas de sus actuaciones políticas, como presidente de un Estado nuevo, han oscurecido sus generosas concepciones. Hasta existen graves contradicciones entre sus ideas y acciones políticas. Un episodio más en el gran drama de lo Ideal y lo Real... ¿Es que la antigua divisa platónica: «el Estado gobernado por filósofos» será eternamente desmentida por la realidad?

—No creo—dijo el profesor—que haya una flagrante contradicción entre el teórico Masaryk de antes de la guerra y el político Masaryk, presidente de la República. Es evidente que existe cierta diferencia, que puede explicarse fácilmente por las condiciones exteriores. Por ejemplo, por el hecho de que, antes jefe de Estado; como teórico, era todavía un joven profesor de la Universidad, y como presidente, ya pasó la edad del salmista... El problema que se nos plantea ahora es éste: si el humanitarismo, tal como está formulado en los escritos de Masaryk, es una filosofía bastante profunda para satisfacer las necesidades de nuestros días. Se trata, pues, de saber si el humanitarismo no es demasiado realista, demasiado pragmático; y si esta filosofía no cree, qui-

zás, que la actualidad sea más importante que una idea que es y debe ser fuera del tiempo. Según mi parecer, Masaryk no era «un filósofo en el trono», en el sentido platónico de esta expresión. El permaneció, como jefe de Estado, tal cual había sido, en principio, antes de la guerra: un hombre político que respetaba la filosofía, orientándose según sus indicaciones, pero sin dejarse dominar por ella. Dígamos más bien: la filosofía sirvió a Masaryk como soporte a su ideal político...

—Usted—dije al profesor—considera también al humanitarismo como una filosofía. He expuesto en algunas obras mías la evolución de esta concepción que ha superado el período metafísico, volviéndose científico cuando se ha basado en la biología pero también en la economía, en la técnica y asimismo en la cultura moral.

—El humanitarismo es la esencia misma del movimiento ético y social, iniciado en los tiempos de la Reforma... Locke, los deístas, Hume—especialmente estudiado por Masaryk—, Kant, Spencer, Comte, Mill y los pragmáticos son profetas del humanitarismo.

—Más exactamente: del humanismo, interrumpí al profesor.

—¡Seal del humanismo también, pero muy ampliado. Su fin, es decir, el desenvolvimiento del hombre, de su cuerpo y su espíritu, es el ideal de la época moderna. En los siglos XIX y XX, llegó a ser más concreto, más práctico. Algunos de sus principios ya están aplicados en la vida social. No creo, sin embargo, que el humanitarismo sea la última palabra de la filosofía y la sociología práctica. El es aceptable como un concepto general; es reconocido por los progresistas de nuestros días. Pero es demasiado positivista. Y el positivismo no es una filosofía joven, llena de fuerzas nuevas...

Tuve que precisar:

—Repito que no debe confundirse el humanismo del Renacimiento con el humanitarismo moderno, y este último con el positivismo filosófico. El humanitarismo es la suma de todas las manifestaciones humanas, de todas las realizaciones progresivas. Nunca será restringido a un «principio filosófico», porque él avanza simultáneamente con la humanidad viva, con las generaciones que pisan por encima de las tumbas y de las obras de los antepasados. El porvenir no está limitado por un dogma ético, religioso o socialpolítico. El es como un océano del espíritu creador, que espera a los nuevos navegantes de los ideales...

Al despedirme, el profesor me aprieta la mano, añadiéndome con afabilidad:

—Los ideales más próximos, los de orden social: la democracia y el socialismo, no han triunfado aún en todo el mundo. Todavía hay mucho que luchar. Y el porvenir nos reserva grandes problemas espirituales que deberán ser resueltos y grandes peligros que deberán ser afrontados. Preveo una nueva Edad Media, pero sin escolástica estéril, sin piras, y cuya «divinidad» descenderá en los terrenos de la vida social, en todas las realidades prácticas. Sí, una Edad Media progresiva, que no renunciará al imperativo del Espíritu...

II

PRAGA ANTIGUA

¿Edad Media? Una vez más he recorrido la callejuela de los alquimistas, tan próxima en el espacio, tan lejana en el tiempo. Pero en sus viejas habitaciones viven hoy familias modestas, que saben aprovechar la curiosidad de los turistas. He visitado también el castillo: dos salas inmensas,

de las cuales sólo he retenido algo así como una sinfonía en blanco y oro. Luego el domo con sus triples murallas. Paredes superpuestas, un dogma cubriendo al otro; pinturas murales sobre las cuales cada siglo ha extendido una nueva capa de yeso. Con otros santos y otros reyes. Una iglesia de estilo romano: San Jorge. Otra, casi enterrada, muy vieja, milenaria. Pasé por la penumbra con tumbas históricas y capillas enrejadas como celdas de calabozo. Fausto ostentoso, en una sombría acumulación de tesoros, de reliquias, de brocados purpúreos o dorados, de platerías, banderas, oriflamas y retratos fantasmales.

Con un suspiro de alivio, libre de la obsesión feudal, he dado una vuelta por la galería luminosa del Belvedere, cerca del «foso de los ciervos». Praga se me mostró nuevamente, atravesada por el Ultava que centelleaba como una cinta cuyas hebillas serían los puentes flanqueados por torres. Y descendí de la frotaleza por las vertiginosas escaleras con centenares de peldaños de piedra, para regresar al centro. Pero la parte antigua de la ciudad me atrae... Hago un alto en el palacio Waldstein. Museo de nobleza, con muchas cosas desaparecidas; es más bien una casa de remate: muebles de varios estilos, cómodas abultadas, tocadores, y retratos que parecen todos idénticos, con sus adornos bordados, sus grandes cuellos postizos y ropas de terciopelo, objetos menudos, extremadamente cincelados y atavíos tan pesados o tan espumosos que no sé cómo podían ser utilizados. Ornamentos refinados de una casta que no necesitaba manejar las cosas, atendida por una multitud de cortesanos y siervos. Algunos raros instrumentos de música: un pavo real ajustado a una lira, más decorativo que práctico. Pero el caballo disecado, ubicado en una gruta negra, sobre la terraza que conduce a un parque enmohecido, se me apareció absurdo, grotesco, como un ídolo que ya no atemoriza a nadie...

El estilo Rococó persiste en algunas calles inclinadas, con recodos que renuevan las perspectivas. Colores esfumados de las casas que conservan encima de la puerta el blasón de su primer dueño o el rótulo del antiguo artesano. Otras calles tienen el aspecto plácido o vivaz, con sus fachadas pintarrajeadas como unos juguetes. Me dirijo hacia el Ayuntamiento. La silueta de Hus, en una encrucijada, es impresionante, sin ningún artificio estatuario. Parece que se ha reincorporado de entre las llamas de su pira, y que camina por la calzada, entre los transeúntes que, no obstante, ignoran su presencia. Existen, hoy todavía, hombres que merecerían la misma compasiva exclamación: ¡Oh, sancta simplicitas! que pronunció Hus cuando una anciana echó algunas ramillas en las llamas que le devoraban...

Hemos llegado en el momento cuando, del reloj astronómico colocado en la torre del Ayuntamiento, salían esos títeres sagrados que—por encima de las generaciones que se suceden en la calle—juegan una especie de pantomima calendarística al compás de sonidos que vienen de muy lejos, desde siglos arcaicos. Recorrimos las salas. La del Consejo municipal parece invadida por una multitud heroica desprendida de los dos lienzos pintados, grandes como la pared. En una capilla, la tumba del Legionario Desconocido. El mismo culto que se rinde al Soldado Desconocido en todos los países asolados por la Gran Guerra.

Busco en las proximidades del Ayuntamiento las huellas del Ghetto medieval. Una sinagoga está construida encima de otra sumergida, con los siglos, en la tierra. Un cuadrante marcado de cifras hebraicas parece medir, en su perpetuo circuito, el destino de un pueblo que sobrevive, mesiánicamente, a tantos pueblos enemistados, siempre guerreando, y a tantos Estados que se derrumban o se levantan sobre las ruinas de otros.

El joven Rádl me hace apresurar el paso. Recorrimos otros barrios. Sorprendo sobre fachadas, pintorescas las unas, vie-

jas o inexpresivas las otras, inscripciones reveladoras: aquí vivió Smetana, el «creador de la música checa moderna (1); aquí ha estudiado y escrito Hiracek; aquí el gran escultor (no he retenido el nombre)... Pero lo que he retenido en mi recuerdo es el respeto que no sólo ciertas instituciones, sino el pueblo también, lo manifiestan hacia los servidores de la cultura y los forjadores del arte. Respeto que a menudo linda con la idolatría nacional, pero conserva ese fondo sólido de la educación, esa práctica de la civilización—no extendida todavía hasta los pastores eslovacos de las montañas de Tatra—más evidente, sin embargo, en los grandes centros de Moravia, de Bohemia, donde la cultura alemana (¡la del siglo del Ilustración!) logró imprimir su acento grave en la firmeza y laboriosidad de los checos.

Llegamos al centro de la ciudad. El bulevar Vaclavské nos ofrece una ancha y suntuosa perspectiva, en cuya extremidad se perfila, en lo cielo azul—como un cofrecito lleno de adornos y piedras preciosas—la cúpula del Museo nacional. Antes de penetrar en el «Ambasador», contemplo algunos instantes más, en la otra extremidad del bulevar, el Hradkin: pirámide sin vértice, asombroso conjunto de rocas y precipicios, de murallas de fortaleza y jardines colgantes. Y, súbitamente, me siento arrancado de estos cuadros del pasado, cuando vuelvo a encontrarme en medio de la Actualidad con antenas telegráficas y cronistas siempre a la caza de novedades. En este salón acolchado, con sillones cubiertos de seda, con mesas adornadas de esculturas y flores, con grandes tableros Luis XV (lujo que puede permitirse hoy cualquier «director» de Café) estoy sentado entre cuatro redactores de los diarios locales. Para poder contestarles, tengo que precisar antes el sentido de sus preguntas. Porque la misma palabra tiene diferente resonancia cuando la pronuncia un ministro, un diplomático o un universitario más o menos decorativo. Yo no soy más que un hombre en busca de los hombres...

Y aprovecho, para dictar a mis cofrades nada más que un breve cursillo sobre el pacifismo integral. Tomados por sorpresa, ellos anotan cifras, nombres, organizaciones y movimientos ignorados. La gran Prensa ¿quiere verdaderamente hacer resonar también otras voces que las de los *maestros cantores* de las conferencias diplomáticas? Bosquejo el retrato del nuevo luchador, recién aparecido en la arena de los partidos políticos, como un cordero entre lobos. El intelectual activo que ya no quiere ser el servidor que piensa para los magnates del dinero, sino el vocero de las multitudes, advirtiéndolas en contra de todas las dictaduras, sean ellas fascistas, totalitarias, económicas, políticas, etc. Los periodistas me escuchan, asombrados al comienzo y, al fin, amistosos. Uno de ellos confiesa sus pensamientos, encerrados en el fondo de su conciencia por la tiranía de la Prensa mercantilizada. (He sabido más tarde que sólo el redactor del diario gubernamental «Prager Presse» no

pudo publicar su artículo. Se ha pedido a la delegación checoslovaca de Bucarest «informes bio-bibliográficos» sobre mi persona. Si no soy ni blanco, ni negro, ni tricolor ¿entonces a quién puedo bien servir! Sin embargo, algunos meses antes, el doctod Eduardo Benesch, ministro de Relaciones Exteriores por aquellos tiempos, se apresuró a escribirme respecto a mi libro sobre la «Internacional Pacifista»: «*Le sujet de votre livre incite, par son actualité et son extrême importance pour nous tous, ma plus vive curiosité. Très sensible à votre aimable souvenir.*», etc. ¡Pero la paz no es meramente un pretexto para «amables recuerdos»! ¿Cuándo será llenado ese abismo que separa la benevolencia de la voluntad activa, la intención de la realización, la idea del gesto que pueda darle cuerpo y alma?)

PRAGA MODERNA

Estoy en casa del doctor Otto Rádl, en uno de esos pequeños apartamentos «modernos» que, a primera vista, parecen vacíos; pero, en su claridad y su geometría desnudas, ellos revelan después lo que se llama el «arte nuevo de los interiores». ¿Armarios, ropero, aparador, cofres, estantes y hasta las camas? Los muebles están disimulados en las paredes, escondidos en los rincones, ocultos detrás de tableros, tabiques, puertas que se deslizan como bastidores de un escenario, apenas tocado el botón de un resorte. La silla no es más que un pedazo de cuero fijado entre cubos cromados, torcidos de cualquier manera; sólo que se quedan en equilibrio. La biblioteca está debajo del alféizar de la ventana o en aquellos anaqueles verticales y horizontales arreglados como la ramazón de un árbol, ofreciendo cómodamente el gran álbum de grabados o el tomo de su especialidad. El dormitorio no es más que un cuadrilátero elástico, suave, sobre el rectángulo de una alfombra de colores elementales, geométricos.

Mi cofrade me incita a descansar. Entre dos noches de viaje en tren, una hora de calma absoluta de los músculos y del cerebro es más necesaria que un nuevo recorrido por la ciudad. Me da, como «aperitivo del sueño», una docena de fotos: imágenes de una película documental sobre Praga, que está preparando en las escasas horas de tregua entre el periodismo y la abogacía. Y hénos conversando sobre ese arte mercantilizado hasta el tedio, y que permanece, no obstante, una inagotable fuente de ensueños y emociones, por sus posibilidades técnicas de expresión: el cine.

Eliminamos de nuestra discusión el film que es sólo imitación o transposición de obras de teatro, el film brutal de aventuras populares y el de las «vedettes», de las «stars» y otras glorias fabricadas según cierta tarifa de publicidad. Hago para Rádl un resumen del argumento de mi film: «24 horas de la vida de una capital», realizado en Bucarest, entre los límites de un presupuesto famélico, por un técnico atrevido y astuto. La capital es joven con aspectos a la vez arcaicos y occidentales. Desarrollo dinámico y lógico de la vida urbana. Escenas individuales que tienen también un sentido simbólico, alternando con acciones colectivas. La capital, considerada como un organismo, con sus necesidades cotidianas y con funciones reflejadas en escala gigantesca. Trágico dualismo de los esfuerzos humanos, con victorias y derrotas, con su primitivismo o su técnica refinada, con instintos ciegos y sentimientos idealizados. Realidad: horrores y bellezas, por encima de la miseria y de la muerte... Nada de artificios teatrales sino escenas directas, cuyos actores son hombres sorprendidos en medio de su trabajo, de sus penas y hasta de sus pasiones. Sin cuadros arreglados de antemano, sin tendencias unilaterales. Fusión entre contrastes, simultaneidad de los extremos. Los imperativos sociales y las fatalidades de la existencia arrojan con frecuencia sus sombras en el desarrollo del film: la mentira, el odio, la bestialidad, la lujuria acentúan la tragedia humana, pero el

(1) Hoy podemos considerar a Bedrich Smetana también como un precursor de la música moderna universal. Si en Praga es apreciada como un «tesoro nacional y ocupa el principal lugar en los programas festivos musicales»; si es verdad que él ha puesto en evidencia, entre los valores mundiales, el folklore musical checoslovaco, algunos compositores, como Arnold Schoenberg, el destacado animador de la música atonal moderna, reconocen en el autor del ciclo «Mi Patria» a un innovador de este arte.

Al fin de su vida, Smetana perdió el oído. Pero, igual que Beethoven, siguió componiendo según «misteriosas combinaciones nuevas». Su último cuarteto contiene «extrañas disonancias y sonoridades de una osadía que parecía entonces—en 1883, un año antes de su muerte—mera incoherencia de oído atrofiado». Una vez más se verifica de este modo la intuición, ya antigua, que sabe que los ciegos y los sordos ven y oyen mejor que los hombres normales. (E.R. 1947.)

significado último de la acción es el de la creación mediante la solidaridad y el amor. La capital: canto del trabajo, no sólo en las usinas y las calles trepidantes, sino a través de sus obras de arte y ciencia, en los museos, los anfiteatros y hasta en esas manifestaciones colectivas en los estadios, que representan, en el fondo, todas las victorias del individuo contra las desgracias sociales y las crueldades del destino.

—Este argumento de su film plantea el problema del arte frente a la misión social del cine. En la película que estoy preparando, lo estético está en el primer plano.

—Porque Praga es más pintoresca que Bucarest. Sin embargo, no veo antagonismo alguno entre el arte y las realidades sociales. Los elementos estéticos de la vida social son evidentes. Ellos se encuentran no solamente en la arquitectura y en el tráfago de las ciudades, sino también en las fábricas y los laboratorios, lo mismo que en las exposiciones de pintura y escultura, en la eutimia del ballet y en la fuerza sugestiva de la poesía... Volvemos al problema del cine como valor social. La pregunta me fué formulada una vez en París, por Henry Poulaille. El cine puede ser concebido como una síntesis de la literatura, del teatro, de la música, expresando ese fondo común—sentimientos, ideas, acciones—que pertenece también a las otras formas del arte. El cine será purificado de la mediocridad y la rutina, cuando sea humanizado. Arte sintético, él puede servir mucho más a los ideales colectivos. Más que la literatura, el teatro, la música por separado, el cine puede apresurar la realización de la unión social, ética y económica de la humanidad, en la libre y variada florecencia de la cultura y del arte regional. El puede ofrecer la visión directa e integral de la evolución terrestre y humana, sobreponiendo las épocas, vinculando los momentos esenciales de la historia y anticipando las civilizaciones futuras. Algunos films franceses e ingleses, americanos e italianos nos han comprobado que este papel del cine—humanización que implica igualmente educación, diversión y arte—tiende a ser reconocido. Esto significa también que la propaganda dogmática y el exclusivismo político no pueden realizar buenas obras mediante el cine... Cuando salió el primer libro de la prensa de Gutenberg, la arquitectura empezó a languidecer. Hoy, después de algunos siglos, renace bajo nuevas formas. Algunos temen que la radio reemplazará a los periódicos. Muchos estetas se lamentan que el cine trivializa y mercantiliza el teatro. Es verdad que la evolución de las formas, de la expresión, es paralela a la de la técnica. No olvidemos que la arquitectura, la imprenta, el teatro, la radio representan valores sociales (y artísticos) distintos, como también el transatlántico, el avión o el automóvil. Pero el cine puede aumentar su propia significación, puede tener un valor *integral*, constituido por todos los valores específicos, que nunca serán apartados de la vida íntima de los pueblos. Cuando esta verdad sea enteramente reconocida, el cine ya no será una simple industria provechosa para los privilegiados de cierta clase social, sino que—uniendo la idea con la acción, la belleza con la ciencia—será la expresión dinámica, completa, inalterada de la vida universal y de la historia humana...

PREMYSL PITTER O DAVID Y GOLIAT

Para llegar al barrio Karlin, donde vive Premysl Pitter, tengo que atravesar otra vez Praga, que se me aparece bajo todos aspectos. Las calles ya no son tortuosas: se cruzan perpendicularmente, orladas de viejos árboles. Entre las fachadas multicolores se divisan estrechos jardines familiares. Algunos co nsu estanque enmohecido o un pabellón vestido de hiedra. ¿Encontraré en su caso a este camarada que recorre, apostólicamente, las ciudades de Bohemia y las aldeas de Eslovaquia? Hélo aquí, en el umbral de la puerta.

con su frente alta, con esos ojos azules, dilatados de sorpresa y alegría.

Animador del movimiento internacional del «comunismo cristiano» que es *otra cosa* que el comunismo soviético) Premysl Pitter gasta su energía en el múltiple esfuerzo de la propaganda, pero se arriesga también en todas las circunstancias peligrosas, manteniéndose firme ante los tribunales, saliendo de la prisión para redactar y compaginar el número atrasado de la revista «Sbratreni», dictar sus sermones éticos en las escuelas de la libre hermandad y, a menudo, llevar a congresos lejanos el saludo de los que quieren permanecer fieles a la enseñanza de Jesús. Enseñanza que es la misma, en su esencia, de la de los profetas bíblicos, de Buda y Lao Tse, de Sócrates y Francisco de Asís, de Tolstoi y Gandhi. En esta sociedad, a la que los revolucionarios dividen en dos campos antagónicos, persisten grandes grupos de creyentes que recuerdan a los pitagóricos, esenios, bogomilos y valdenses de los siglos de la esclavitud y el oscurantismo religioso. Los cuáqueros, dujobores, nazarenos y tolstoianos constituyen en nuestros días islas de tolerancia y ayuda mutua, entre las oleadas sangrientas de la revolución social y política.

—El ideal del comunismo cristiano no puede ser realizado sino mediante el amor y la abnegación. Para nosotros, estas dos palabras tienen profundas resonancias. Significan hechos, actividad de cada día, no discursos en horas de tregua. Nuestra acción es una preparación espiritual, un renacimiento moral, personal, para reconocer al hermano en cada hombre. Trabajo en comunidad, cada uno para todos, y todos para cada uno, librados del propietario, de la avaricia, de la hipocresía. Por consiguiente, apartar las barreras nacionales, religiosas, sociales... Igualdad ante la eternidad divina. Derecho a la vida y respeto a la vida, de todos los seres vivientes (pues no podemos concebir el pacifismo sin el vegetarianismo). Nuestro sentido de humanidad significa prioridad del espíritu que refrena el cuerpo tentado por vicios y codicias. Para nosotros, la vida se resume en *servir*. Dispuestos a todos los sacrificios para salvar la comunidad humana... Afrontemos a los adversarios, pero sacrificuémonos aún para su iluminación y su salvación. Porque nosotros creemos que el progreso no es otra cosa que la realización de la Utopía...

Premysl Pitter habla claramente, con firmeza, con esa gravedad del luchador cuya espada es la palabra, cuyo escudo es el alma solidaria con las almas de los creyentes. Me enseña una larga lista: checos que rehusaron aprender el arte de matar, que no quieren cooperar con el Estado opresor. Hombres sencillos, campesinos que, van a la prisión, alta la frente, no queriendo hacerse cómplices de la injusticia, ni traicionar su convicción. Este martirologio espera a su historiador, pero encuentra desde ahora incansables defensores, como Henrique Groag de Brünn, un abogado que considera que la justicia debe identificarse con el derecho, que la legalidad tiene que modelarse según los mandamientos de la conciencia. Centenares de «objetores de conciencia» yacen ahora en las cárceles; otros cientos han declarado ya que están resueltos a rechazar el «servicio de homicidio» para un Estado nuevo—al que no puede confundirse con la patria—y que se apresuró a imitar las antiguas herejías de la violencia y la opresión.

«No pasará mucho tiempo, y seremos miles y miles, no sólo en este país, sino en todas partes», proclamaba Premysl Pitter en la carta dirigida al presidente Masaryk, a quien devolvió sus documentos militares. «Sería una falta de sinceridad y honradez de mi parte, si devolviera mis documentos cuando fuere llamado a las maniobras o a la guerra... Devuelvo mis documentos al presidente de la República, y no a las autoridades militares que no podrían comprender mis motivos de conciencia, mis convicciones religiosas. No deseo ser un mártir. Sin embargo, estoy preparado a sufrir por mi causa... La prisión no es un medio para convencer

«herejes» como yo. Nos sentimos fuertes, porque junto con nosotros están algunos hombres a los que usted también, señor Presidente, ha mencionado a veces: Jesús, Chelcicky, Tolstoi, Romain Rolland».

Y Pitter recordó a Masaryk algunos de sus escritos, cuando el filósofo no era todavía jefe de Estado. En un ensayo, de antes de la guerra, Masaryk manifestaba su simpatía por Chelcicky (del siglo XV) el fundador de una secta cristiana, en Bohemia, que se negaba a servir la violencia. Más tarde, en su obra «La Revolución Mundial», él rectificó su opinión (¿bajo la presión de los «intereses de Estado»?): «Chelcicky fué demasiado lejos; debemos encontrar un compromiso entre la violencia y la no violencia...» Pitter replicó, en su carta: «Yo elegí a Jesús, y no a César! No a Ziska (un héroe nacional checo), sino a Chelcicky» (cuya grandeza moral empieza a ser descubierta después de haber sido oscurecida por Hus durante algunos siglos).

Cuando salí con Pitter de su austero refugio—¡tantas veces revuelto por las manos rapaces de la autoridad!—él me habló en el alboroto de los automóviles y los tranvías, de la colonia juvenil de Waidhofen, cerca del valle profundo del Ibbs. Ya los he visto, a esos pioneros neocristianos, que fueron al Congreso de los resistentes de la guerra en Sonntagsberg para encantarnos, en las pausas de los debates, con sus canciones ingenuas, con sus juegos rústicos, con sus trabajos en madera y bronce, hermosos y útiles. En su colonia, en la huerta con árboles frutales, legumbres y colmenas, han construido cabañas para estudiar, para descansar y recogimiento, para trabajo manual: carpintería, tejeduría, grabado... Comunidad espiritual que exige a sus miembros—muchachos y muchachas—realizarse a sí mismo, mediante la práctica del naturismo que fortalece el cuerpo, purifica el alma, esclarece la mente; mediante esa cooperación fraternal que libera de la obsesión del dinero y de la promiscuidad parasitaria. Una isla—así se llaman estos jóvenes—solidaria con otras islas dispersas en el caos de nuestro mundo doliente. «Nuestro planeta no será convertido en un paraíso por medios exteriores por leyes y programas políticos». Cada uno debe empezar consigo mismo, organizarse, ennoblecerse a sí mismo. «Que broten las flores del paraíso en tu propio pecho»... Y esta colonia (no es la única) perdura desde hace diez años, rehusando someterse a una civilización que deshumaniza, buscando en los invernaderos de la cultura flores que puedan vivir también bajo el cielo abierto, en todos los climas, en todas partes en donde el hombre reconoce a su semejante por medio de esos imponderables del Espíritu divino, de la eternidad creadora...

Me despidió de Premysl Pitter en la calle de la Revolución, cerca de una plaza que—en estas horas febriles y congestionadas de la capital—aparece, con el ruidoso remolino de su tráfico, como un sarcástico mentís a esas comunidades libres, a las colonias de los pacíficos rebeldes. Permaneciendo en los marcos de la naturaleza, ellos sueñan para la humanidad entera formas de vida sencillas pero justas, en el trabajo armonioso que no malgasta las fuerzas, sino que nos libra de los terrores del hambre y del odio... Subo a la redacción de la revista «Die Wahrheit» (que publicó una parte de mis «Caminos de la Paz»), descendiendo luego para recoger, en una exposición se pintura, algunas imágenes: me pareció haberme extraviado en un jardín com-

poniendo un ramillete de flores. En algunos cuadros he reconocido paisajes contemplados durante otro viaje, cuando he recorrido Checoslovaquia, a lo largo de los Cárpatos con viejos bosques o peñascos grisáceos, con lagos entre las cumbres, con amplias praderas y pastos perdidos en el horizonte y, a veces, con esa danza fantasmagórica de los abedules: blancos y finos troncos bajo sus trémulas trenzas plateadas.

He deambulado después a través de un pasaje ramificado, como en un hormiguero o una colmena de alvéoles cristalinis, multiplicados por los espejos y la magia eléctrica. Finalmente me encaminé hacia la estación, en la hora del crepúsculo, cuando el río humano corre, caudaloso, por los bulevares. No pudo encontrar a Otto Rádl en el amasijo de gentes del «Representación Café». Pero cuando, asomado a la ventanilla del vagón, esperaba la conmoción de la partida—¡siempre es así: doble sacudimiento, interior y exterior, psíquico y físico!—Premysl Pitter surgió en el andén con la misma sonrisa en su rostro rubio y azul. Me alarga una bolsa con algunas manzanas doradas, dos bananas (¡algo raro en estos parajes!) y uvas. He sentido entonces que también estas frutas de la tierra, ofrecidas en la batahola y la febrilidad de una estación de ferrocarril, representan un testimonio de amor, igual que el pan y el vino de la comunidad evangélica.

—Hubiera querido retenerlo para la cena de los camaradas, esta noche. Hubiese reencontrado allí también a Olga Fierz (una suiza que me traducía los debates, durante el Congreso de los resistentes a la guerra, en Hoddeston, en 1925). Ahora es nuestra secretaria. Pero viajeros como usted tienen que estar libres. Nos ha traído un mensaje: sé que va a transmitir también el nuestro, a los hermanos que no conocemos todavía...

—¡A los que reconocemos desde el primer apretón de manos! Nuestra familia, la de los creyentes laicos, vive dispersa hoy en día, pero solidaria. «Menschen-familie», la familia humana, como dice el viejo Nicolai Scheierman, el sueco de barbas largas, a la moda rusa. ¿Lo recuerdas? A Waidhofen...

Pero el tren se pone en marcha, cortando mi última frase. El brazo de Pitter permanece levantado, por encima de las cabezas que ondean en el andén, bajo la bóveda humana. Un saludo que es, a la vez, un pacto silencioso. Y recién ahora, cuando la he visto por segunda vez, Praga se me vuelve digna de cariño. Porque me ha ofrecido también ella, una inolvidable figura de hermano, como las otras capitales donde he logrado asociar una conciencia, ganar un corazón, un alma para los empeños de hoy y para los recuerdos del mañana (1).

Eugen RELGIS

(1) Premysl Pitter ha sobrevivido a la horrorosa ocupación nazi, y durante algunos años intentó resistir bajo el régimen comunista implantado en Checoslovaquia después de la «victoria». Ha sido maestro a su manera, en una escuela de niños, pero la denuncia de una airada partidaria le hizo elegir entre el destierro en un campo de concentración en el Este y el destierro hacia el Occidente. Y ahí sigue llevando su cruzada de siempre. E. R., 1955.



ATALAYA ANARQUICA



AUNQUE las estadísticas sólo sean una árida colección de cifras, basándonos en ellas, veremos que en los Estados Unidos, la cultura brilla por su general ausencia en las capas del pueblo. En Los Angeles (California), gran ciudad de 2 millones de habitantes, se procedió no ha mucho a un examen de 11.000 alumnos de escuelas superiores. Estos alumnos sólo son admitidos en las escuelas si acusan un índice intelectual de un 75 por ciento. No obstante, después de diez años de escuela elemental y superior, he aquí lo que el examen ha revelado: 18 por ciento de los examinados ignoran cuantos meses tiene el año; 9 por ciento ignoran cuantos sellos de correos de 3 cents se puede comprar con 75 cents; 5 por ciento no han podido responder correctamente a esta pregunta: ¿Cuál es la mitad de 70?; 3 por ciento no han sabido leer la hora que indicaba un reloj, etc.

El público, en general, se imagina que en los Estados Unidos, se otorga la excepción del servicio militar a los refractarios a la guerra. Nada de más erróneo. Las condenas a cinco años de prisión por ello, son frecuentes. A un cuáquero llamado Mitchener lo condenaron por esto a diez años, y ha sido precisa una vigorosa campaña de prensa para reducirle la pena a cinco años. Además, cuando los refractarios a la guerra, se niegan a trabajar en los degradantes trabajos de las prisiones, se los aísla y se les inflige toda clase de castigos. Así, en la penitenciaría federal de Springfield, se privó a los cuatro hermanos Doty de lectura, del paseo cotidiano en el patio carcelario y de otros favores concedidos a los llamados delincuentes comunes. Como lo expone Jim Peck en una carta publicada en «The Herald Tribune», los Estados Unidos «sólo admiten, y de manera muy limitada, a los refractarios a la guerra que sean religiosos, pero no reconocen a los de motivos filosóficos y humanitarios».

Bueno es recordar que antes de la segunda guerra mundial del Estado, algunos periódicos anarquistas franceses, y eso durante numerosos años, hicieron una meritoria campaña contra los celos, es decir, contra la enfermedad mental que hace considerar al sér amado como una propiedad exclusiva. Recordamos esto, porque los diarios informativos, están

llenos de muertes debidas a este síntoma de sicopatía. Cuando, por ejemplo, se acaba de leer, que un muchacho celoso de 19 años ha estrangulado a su mujer que no había pasado aún sus 17 primaveras, uno se pregunta si no sería conveniente reemprender en nuestra prensa dicha campaña. Se puede comprender que, a causa de estrechez sentimental—o por todo otro motivo razonado—, no se pueda soportar la práctica de los afectos múltiples. Pero que esto finalice hasta el estado de demencia que finaliza en el asesinato, es algo que no cabe en el sentimiento de un anarquista. En espera de que los humanos sean más razonables, que el que encuentre la situación más intolerable, sepa dominarse y alejarse prudentemente.

Mucho se recuerda a Rafael Barrett, cuando de tierras guaraníes se trata, sobre su acusador escrito «Lo que son los Yerbales». Bueno es denunciar la explotación del infierno verde, de la selva paraguaya. Sin embargo, hay un escritor del que no se habla mucho, el uruguayo Horacio Quiroga, maestro en el difícil arte de la narrativa sintética y corta, que como nadie hasta la fecha, ha denunciado en sus magníficos escritos ese otro infierno forestal que podríamos llamar: «Lo que son los obrajes.»

Una suiza de paso por Venecia, escribe en la «Gazeta de Lausana»: «Vuestra maleta cerrada, antes de que la veáis en la red de vuestro compartimiento en la estación de San Angelo, habrá pasado por las manos del mozo de estación (propina), ascensorista (propina), mozo de góndola (propina), ayudante de gondolero (que hace ademán de sosteneros por el codo) (propina), mozo de cuerda hasta la puerta del tren (propina), segundo mozo de cuerda hasta el compartimiento (propina), etc. ¿Dignidad humana, qué es lo que de ti queda en esta mendicidad a chorro? Y las gentes de occidente se creen superiores cuando reprochan a los orientales la práctica de la mano tendida. Bien es verdad que la miseria explica muchos reptilismos.»

He aquí otro interesante recorte de un diario hindú. Se trata de que en la ciudad de Lahore, se acaba de formar un club de solteros, de ambos sexos, contando inicialmente con 51 miembros y formado en vista de propagar el celibato, con el fin de reducir

al mínimo «las deficiencias económicas y espirituales de nuestra sociedad». Algo que sin duda hará sonreír a los que creen que sin las miserias del sexo, la vida no merece la pena de ser vivida. Pero a un anarquista a lo Reclus, la cosa no asusta. Siempre fué un soltero y practicó el amor libre, aunque «de nos jours» acudan a casarse como granizo presuntos libertarios. En fin, que sin practicar el culto de Onán, de Lesbos, de Alcibiades, o el heterosexualismo de Romeo y Julieta, se puede vivir, pero la mar de bien, siendo casto y soltero, tanto una mujer como un hombre. Nuestros amigos de Lahorte, tratan de eliminar los peligros de la superpoblación, los crímenes pasionales, y tantísimas otras complicaciones que tiene la vida moderna basada en el sexo. La cuestión es que dicho club prospere y persevere. Digamos algo más, para los que mal comprendan: hay uniones bisexuales electivas, al margen del sexo, o de las obsesiones carnales, que pueden durar una hora o una vida, y ante las cuales, palidece la prostitución matrimonial de todos los tiempos.

En un libro rotulado «L'Eglise, le Communisme et les Chrétiens» (La Iglesia, el comunismo y los cristianos), M. Garaudy ofrece interesantes detalles sobre la organización financiera del Vaticano, cuyos capitales están investidos en numerosos bancos, sociedades inmobiliarias, seguros, electricidad, industrias químicas, etc. Transcribamos algo del libro, para ilustración de nuestros amigos lectores:

«Por ejemplo, en la Sociedad General Inmobiliaria, el Vaticano posee el 50 por ciento del capital, el resto estando esparcido en pequeños accionarios; en la Sociedad Inmobiliaria «La Romana», los tres cuartos del capital están en manos del Vaticano. En Verona, el 55 por ciento; en Venecia, el 50 por ciento; en Milán, el 51 por ciento; en Nápoles, el 80 por ciento; en Turin, el 100 por cien; en Génova, el 85 por ciento.

«En la misma Roma, no solamente un tercio de los inmuebles pertenecen a la Iglesia, sino que también los servicios públicos están en su poder: el príncipe Giulio Pacelli, sobrino del papa y miembro de la Guardia noble, preside la Sociedad anónima de los ferrocarriles del Sudeste y posee la Sociedad romana del gas y la sociedad «Italgas». El marqués Sachetti, mayordomo de los palacios apostólicos y camarero secreto participante (es decir, autorizado a sentarse en la mesa del papa), se sienta como presidente en la mesa del Consejo administrativo de la Sociedad italiana de aguas corrientes, junto al todopoderoso tesorero del Vaticano, Nogara, que preside la sociedad inmobiliaria, el Crédito Hipotecario, y las fábricas de pastas «Pantanella». Los grandes molinos y fábricas de pastas «Pantanella» tienen como presidente de su Consejo de administración, al segundo sobrino del papa: Marco Antonio Pacelli, miembro de la Guardia noble pontifical, abogado del

foro, y que preside, además, una decena de sociedades por acciones.

«En todos estos establecimientos el Vaticano es mayoritario en el Consejo de administración. Posee, además, dos inversiones importantes en la electricidad, por un valor de siete millares, y en las industrias químicas, por dos millares. En los explosivos «Montecatini», el Vaticano es el amo con Bernardino Nogara y Rebua Dañdolo.

«En una palabra, sea por sus bancos, sea por sus inversiones, no hay un sector de la actividad económica italiana en el cual el Vaticano no juegue un rol de suma importancia y bien determinante.

«La guerra mundial ha permitido al Vaticano hacer, en este dominio, un gran salto, merced a hábiles especulaciones. La Santa Sede, tuvo en esta ocasión, un guía muy seguro, en la persona de Mister Myrón Taylor, que durante toda la guerra hizo de viajero entre el Vaticano y los Estados Unidos.

«Gracias a los consejos esclarecidos de este presidente del trust americano del acero, juntos con los de Nogara, el Vaticano, beneficiándose de su posición de «super neutro» durante la guerra, no solamente salvó todos sus haberes, sino que extendió ampliamente la red de sus inversiones.»

M. Garaudy demuestra la parte importante tomada por los financieros del Vaticano en las industrias de guerra, el trust del cobre y los petróleos—lo que no impide al papa el declararse el mejor defensor de la paz. Para reeditar un clisé bien conocido: ¡Inútiles son los comentarios! Pero, de todas formas, de la simplicidad «evangélica» de los primitivos cristianos—por cuyo renacimiento tanto bregó el gran Tolstoi—, y de su proverbial pobreza, a este «affairisme», hay más que un abismo.

Moraleja: Si hoy hay albañiles que por los clamores de la panza edifican iglesias, se está a millones de leguas del iluminismo necesario para levantar por la fe gratuita, en el mundo capitalista de hoy, es indestructible, por una clarísima razón, y es, que la horda religiosa católica es una potencia financiera de primer orden.

Recortamos del cotidiano parisino «Combat»: «Sidney.—Louis de Kerstat, filósofo francés, septuagenario, ha pasado por nuestra ciudad, con destino a Tahiti, su patria adoptiva, porque los tahitianos nada piden, despreocupándose de las tonterías civilizadas y con poco viven. De Kerstat, que acaba de llegar de Madrás y Pondichery (India), ha declarado que la civilización humana no ha hecho ningún progreso moral desde hace 5.000 años.»

Por parte de quienes estas notas redactan, completamente de acuerdo.

Versión de V. M.

CLEANTO



ladores, sirvieron de fundamento a nuestros códigos modernos. ¡Y hablarán aún de respetar los códigos, herencia del sacerdote y del noble!

*

La primera revolución, la revolución de las comunas, no logró abolir sino una parte de esas leyes, pues las cartas de las comunas libres no son, en su mayor parte, más que un compromiso entre la legislación señorial o episcopal y las nuevas relaciones, creadas en el seno de la comuna libre.

Y sin embargo, ¿qué diferencia entre esas leyes y nuestras leyes actuales! La comuna no permitía encarcelar y guillotinar a los ciudadanos por una razón de Estado: se limitaba a expulsar al que conspiraba con los enemigos de la comuna y arrasar su casa. En la mayor parte de los sedicentes «crímenes y delitos», se limitaba a imponer correcciones. Vemos asimismo en las comunas del siglo XII ese principio justo, pero olvidado hoy, que toda la comuna era responsable de las malas acciones cometidas por cada uno de sus miembros. Las sociedades de entonces, considerando el crimen como un accidente o como una desgracia (ésta es aún la concepción de los campesinos rusos), y no admitiendo el principio de venganza personal, predicado por la Biblia, comprendían que la falta por cada mala acción recaía sobre la sociedad entera.

Fué necesaria toda la influencia de la Iglesia bizantina, que importó a Occidente la crueldad refinada de los déspotas del Oriente, para introducir en las costumbres de los galos y de los germanos la pena de muerte y los suplicios horribles que se han infligido más tarde a los que se han considerado como criminales; fué necesaria toda la influencia del código civil romano—producto de la corrupción de la Roma imperial—, para introducir esas nociones de propiedad territorial ilimitada, que vino a trastornar las costumbres comunales de los pueblos primitivos.

Sabemos que las comunas libres no pudieron mantenerse. Desgarradas por las guerras intestinas entre los ricos y los pobres, entre los burgueses y los siervos, fueron fácilmente la víctima de la realeza. Y a medida que la realeza adquiría nueva fuerza, el derecho de legislación pasaba cada vez más a las manos de una pandilla de cortesanos. La apelación a la nación se hacía solamente para sancionar los impuestos pedidos por el rey. Los parlamentos convocados con intervalos de dos siglos, según el buen humor y los caprichos de la Corte, los «Consejos extraordinarios», las «sesiones de notables» donde los ministros apenas escuchan las «dolencias» de los súbditos del rey: he aquí los legisladores. Y más tarde aún, cuando todos los poderes fueron concentrados en una sola persona que decía «el Estado soy yo», era en «lo reservado de los Consejos del príncipe», según la fantasía de un ministro o de un rey imbécil, que se fabricaban los edictos, a los cuales los súbditos eran obligados a obedecer bajo pena de muerte. Todas las garantías judiciales eran abolidas; la nación era el siervo del poder real y de un puñado de cortesanos; las penas más terribles: rueda, hoguera, despellejamientos, torturas de todo género—producto de la fantasía en-

Así, pues, Dios perfecto creó un mundo perfecto; y he aquí que esta perfección vacila, y puede atraer sobre sí la maldición de ese creador, y, después de ser una perfección absoluta, se torna una absoluta imperfección.

¿Cómo la perfección ha podido convertirse en la imperfección?

A esto se responderá que es precisamente porque el mundo, aunque perfecto de la creación en el instante, no dejaba de ser por eso una absoluta perfección, siendo Dios el único absoluto, el Más que Perfecto. El mundo no es perfecto sino de un modo relativo y en comparación de lo que ahora es.

Pero, entonces, ¿por qué emplear la palabra perfección, que no acarrea nada relativo? ¿La perfección no es necesariamente absoluta?

Decid que Dios había creado un mundo imperfecto, aunque mejor que el que vemos hoy. Pero, si no era más que mejor, si al salir de las manos del creador era ya imperfecto, no presentaba esa armonía y esa paz absoluta con que los señores teólogos nos ensordecen.

Y entonces les preguntaremos:

Todo creador, según vuestra propia palabra, ¿no debe ser juzgado por su creación como el obrero por su obra?

El creador de una cosa imperfecta es necesariamente un creador imperfecto, Dios, su creador, es necesariamente imperfecto. Porque el hecho de que creara un mundo imperfecto no puede explicarse sino por su ininteligencia, o por su impotencia, o por su maldad.

Pero, se dirá, el mundo era perfecto, sólo que era menos perfecto que Dios.

Responderé a esto que, cuando se trata de perfección, no puede hablarse de más o menos; la perfección es completa, entera, absoluta, o bien no existe.

Luego, si el mundo era menos perfecto que Dios, el mundo era imperfecto; de donde resulta que Dios, creador de un mundo imperfecto, era imperfecto a su vez, que es siempre imperfecto, que nunca fué Dios, que Dios no existe.

Para salvar la existencia de Dios, los señores teólogos se verán, por tanto, obligados a concederme que el mundo creado por él era perfecto en su origen.

Pero entonces les haré dos pequeñas preguntas.

En primer lugar, si el mundo fué perfecto, ¿cómo dos perfecciones podían existir una fuera de otra?

La perfección no puede ser más que única; no permite la dualidad, porque en la dualidad, el uno limitando al otro, la hace necesariamente imperfecta. Luego, si el mundo fué perfecto, no hubo Dios ni por encima ni por debajo de él, el mundo mismo era Dios.

Y va la otra pregunta:

Si el mundo era perfecto, ¿cómo pudo caer?

¡Linda perfección es la que puede alterarse y perderse! ¡Y si se admite que la perfección puede caer, Dios puede caer también!

Lo que quiere decir que Dios ha existido, sí, en la imagi-

nación crédula de los hombres, pero la razón humana, que cada vez triunfa más en la historia, le destruye.

Por otra parte, ¡cuán singular se muestra ese Dios de los cristianos! Crea al hombre de modo que pueda, que **deba** pecar y caer. Teniendo entre sus atributos toda la ciencia, Dios no podía ignorar, al crear al hombre, que caería; y puesto que Dios sabía esto, el hombre debía caer; de otra manera habría dado un mentís insolente a la absoluta ciencia divina.

¿Quién nos habla, pues, de libertad humana? ¡Allí había fatalidad! Obedeciendo a esta fatal pendiente, lo que, por otra parte, el más sencillo padre de familia habría podido prever en lugar de Dios, el hombre cae; y he aquí que la divina perfección se encoloriza terriblemente, con una cólera tan ridícula como odiosa; Dios no maldice sólo a los transgresores de su ley, sino a toda la descendencia humana, aun a la que entonces no existía y que, por tanto, era en absoluto inocente del pecado de sus primeros padres; y no contento con tan irritante injusticia, maldice también aquel mundo armonioso que ninguna culpa tenía, y le transforma en un receptáculo de horrores y de crímenes, en una perpetua carnicería. Luego, esclavo de su propia cólera y de la maldición pronunciada por él mismo contra los hombres y el mundo, contra su propia creación, y acordándose algo tarde de que era un Dios de amor, ¿qué hace? No le basta haber ensangrentado el mundo con su cólera; ese Dios sanguinario vierte también la sangre de su Hijo único; ¡le inmola bajo pretexto de reconciliar al mundo con su divina Majestad!

¡Y si al menos lo hubiera conseguido!

Pero no, el mundo natural y humano queda tan desgarrado y ensangrentado como antes de esa monstruosa redención.

De donde resulta claramente que el Dios de los cristianos, como todos los dioses que le precedieron, es un Dios tan impotente como cruel, tan absurdo como malo.

¡Y tales absurdos son los que se quieren imponer a nuestra razón! ¡Con semejantes monstruosidades se pretende moralizar, humanizar a los hombres!

Que los señores teólogos tengan, pues, el valor de renunciar francamente a la humanidad, lo mismo que a la razón. No les basta decir, con Tertuliano:

Credo quia absurdum (1).

Aún tratan, por si lo pueden conseguir, de imponernos su cristianismo por medio del látigo, como el zar de todas las Rusias, por la hoguera, como Calvino, por la Santa Inquisición, como los buenos católicos, por la violencia, la tortura y la muerte, como querían hacerlo todavía los sacerdotes de todas las religiones posibles... Ensayen todos esos lindos medios, mas no esperen triunfar de otra manera.

Por lo que a nosotros hace, dejemos de una vez para siempre todos esos absurdos y horrores divinos para los que creen locamente poder explotar mucho tiempo aun a la plebe, a las

(1) Creo en lo que es absurdo.

los hombres de estudio, ha hecho ya la filosofía de esa historia y ha plantado los jalones esenciales.

Hecha para garantir los frutos del pillaje, de la servidumbre y de la explotación, la ley ha seguido las mismas fases de desenvolvimiento del capital; hermano y hermana gemelos, han marchado mano con mano, nutriéndose uno y otro de los sufrimientos y de las miserias de la humanidad. Su historia es casi la misma en todos los países de Europa. Sólo difiere en los detalles, el fondo es el mismo; y, echar una mirada sobre el desenvolvimiento de la ley en Francia, o en Alemania, es conocer, en sus rasgos generales, las fases esenciales de su desenvolvimiento en la mayor parte de las naciones europeas.

En sus orígenes, la ley ha sido el pacto o contrato nacional. En el Campo de Marte, las legiones y el pueblo convenían el contrato; el Campo de Mayo de las primitivas Comunas de la Suiza, es aún un recuerdo de esa época, a pesar de toda la alteración que ha sufrido por la mezcla de la civilización burguesa y centralizadora. Ciertamente que ese contrato no fué siempre libremente consentido; el fuerte y el rico imponían ya su voluntad en esa época; pero al menos hallaban un obstáculo a sus tentativas de invasión, en la masa popular, que frecuentemente hacía también sentir su fuerza.

Pero, a medida que la Iglesia por una parte y el Señor por otra, lograron subyugar al pueblo, el derecho de legislar escapó de las manos de la nación para pasar a las de los privilegiados. La Iglesia extendió su poder; sostenida por las riquezas que se acumulaban en sus arcas, se ha metido cada vez más en la vida privada, y bajo el pretexto de salvar las almas, se ha apoderado del trabajo de sus siervos; ha sacado impuestos de todas las clases, extendido su jurisdicción; ha multiplicado los delitos y las penas y se ha enriquecido en proporción a los delitos cometidos, pues que en sus arcas de hierro se acumula el producto de las penas. Las leyes no tienen más analogía con los intereses nacionales: «se las creería más bien emanadas de un concilio de fanáticos religiosos, que de legisladores», observa un historiador de derecho francés.

Al mismo tiempo, a medida que el señor, por un lado, extendía su poder sobre los cultivadores de los campos y los artesanos de las villas, llegaba a ser también juez y legislador. En el décimo siglo, si existían monumentos de derecho público, esos no eran más que pactos que regulaban las obligaciones, las jornadas de trabajo y los tributos de los siervos y de los vasallos del señor. Los legisladores en esa época eran un puñado de bandidos, que se multiplicaban y organizaban para el robo, que practicaban en contra de un pueblo que se volvía cada vez más pacífico a medida que se entregaba a la agricultura.

Explotaban en beneficio propio el sentimiento de justicia inherente a los pueblos; constituidos en justicieros, hicieron de la aplicación misma de los principios de justicia, un manantial de rentas, y dictaron las leyes que sirvieron para mantener su dominación.

Más tarde, esas leyes, copiadas y clasificadas por los legis-

para los dominadores, dañosas a las masas y que se mantienen por el temor a los suplicios.

A excepción del capital individual, nacido del fraude y de la violencia y desenvuelto bajo los auspicios de la autoridad, la ley no tiene título alguno para merecer el respeto de los hombres. Nacida de la violencia y de la superstición, establecida a beneficio del sacerdote, del conquistador y del rico explotador, deberá ser abolida por entero el día que el pueblo quiera destrozarse sus cadenas.

Nos convenceremos mejor de esto cuando analicemos en el capítulo siguiente el desenvolvimiento ulterior de la ley bajo los auspicios de la religión, de la autoridad y del régimen parlamentario actual.

— III —

Hemos demostrado en el capítulo precedente cómo la ley ha nacido de las costumbres y usos establecidos, y cómo representa desde su comienzo una mezcla de costumbres sociales, necesarias a la preservación de la raza humana, con otras costumbres, impuestas por esos que se aprovechan de las supersticiones populares, por considerar como bueno el derecho del más fuerte. Ese doble carácter de la ley determina su desenvolvimiento ulterior en los pueblos cada vez más cultos. Pero, en tanto que el núcleo de las costumbres sociales inscrites en la ley no sufren sino una modificación muy débil y muy lenta en el transcurso de los siglos, la otra parte de las leyes se desenvuelve siempre en beneficio de las clases dominantes se dejan arrancar una ley cualquiera que represente, o parezca representar, una cierta garantía para los desheredados. Pero entonces esa ley no hace más que renovar una ley anterior, hecha en beneficio de las clases dominadoras. «Las mejores leyes—dice Buckle—fueron las que revocaron leyes precedentes.» Pero ¡qué terribles esfuerzos no se han gastado, qué ríos de sangre no ha sido necesario verter cada vez que se ha procedido a revocar una de esas instituciones que servían para tener al pueblo en esclavitud! Para abolir los últimos vestigios de la servidumbre y de los derechos feudales, y para quebrantar la pujanza de la camarilla real, ha sido necesario que la Francia pasara por cuatro años de revolución y veinte años de guerra. Para abolir la menor de las leyes inicuas que nos ha legado el pasado, son necesarias decenas de años de lucha, y la mayor parte de ellas no desaparecen sino en los períodos de lucha.

*

Los socialistas han hecho ya muchas veces la historia de la génesis del capital. Han explicado cómo ha nacido de las guerras y del botín, de la esclavitud y de la servidumbre, del fraude y de la explotación moderna. Han demostrado cómo se nutre de la sangre del trabajador y cómo poco a poco ha conquistado el mundo entero. Han hecho también la misma historia concerniente a la génesis y al desenvolvimiento de la ley; y el espíritu popular, tomando, como siempre, la delantera a

masas obreras en su nombre, y volviendo a nuestro razonamiento sencillamente humano, recordemos tan sólo que la luz humana, la única que puede alumbrarnos, emanciparnos, hacernos dignos y felices, no está en sus comienzos, sino relativamente en la época en que se vive, al final de la historia, y que el hombre, en su desarrollo histórico, ha salido de la animalidad para acercarse más cada vez a la humanidad.

Nunca miremos, pues, hacia atrás, siempre adelante, porque adelante está nuestro sol y nuestra salvación; y si se nos permite, si útil es mirar algunas veces atrás, no es sino para que nos demos cuenta de lo que fuimos y de lo que no debemos ya ser, de lo que hicimos y ya no debemos hacer.

El mundo natural es el teatro constante de una lucha interminable de la lucha por la vida.

No tenemos que preguntarnos por qué es esto así. Nosotros no lo hemos hecho, nos lo hemos encontrado al nacer en la vida. No es este nuestro punto de partida natural, y no somos en modo alguno responsables de él. La armonía establecese en él por el combate, por el triunfo de unos, por la derrota y más a menudo por la muerte de otros. El vencimiento y el desarrollo de las especies son en él limitados por su propia hambre y por el apetito de las otras especies, es decir, por el sufrimiento, por la muerte. Nosotros no decimos, con los cristianos, que esta tierra sea un valle de dolores; pero debemos convenir en que no es tan tierna madre como se dice, y en que los seres vivos necesitan mucha energía para vivir en ella.

En el mundo natural, los fuertes viven y los débiles sucumben, y los primeros no viven si no porque sucumben los otros. ¿Es posible que esta ley fatal de la vida natural sea también la del mundo humano y social?

CARTA NOVENA

¿Los hombres están condenados, por su naturaleza, a devorarse unos a otros para vivir, como lo hacen los animales de las otras especies?

Desgraciadamente, encontramos en la cuna de la civilización humana la antropofagia, al mismo tiempo y en seguida las guerras de exterminio, la guerra de razas y de pueblos; guerras de conquista, guerras de equilibrio, guerras políticas y guerras religiosas, guerras por las grandes ideas como las hace la Francia dirigida por su actual emperador (1), y guerras patrióticas por la gran unidad nacional, como las que meditan por una parte el ministro pangermanista de Berlín y por otra el tzar panslavista de San Petersburgo.

Y en el fondo de todo esto, al través de todas las frases hipócritas de que se hace uso para darse una apariencia de humanidad y de derecho, ¿qué encontramos?

Siempre la misma cuestión económica: la tendencia de los unos de vivir y prosperar a expensas de los otros.

(1) En la época en que estas líneas fueran escritas, Francia no era aún una República.

Todo lo demás es una bola. Los ignorantes, los tontos, se dejan coger en ella; pero los hombres fuertes que dirigen los destinos de los Estados saben muy bien que en el fondo de todas las guerras no hay más que un interés: el pillaje, la conquista de las riquezas de otro y la apropiación del trabajo ajeno.

Tal es la realidad, a la vez cruel y brutal, que los dioses de todas las religiones, los dioses de las batallas, no han dejado nunca de bendecir; empezando por Jehovah, el Dios de los Judíos, el Padre Eterno de Nuestro Señor Jesucristo, que mandó a su pueblo escogido a asesinar a todos los habitantes de la Tierra prometida, y concluyendo por el Dios católico, representado por los papas, que, en recompensa del asesinato de los paganos, de los mahometanos y los herejes, dieron la tierra de esos desgraciados a sus asesinos llenos de sangre. A las víctimas, el infierno; a los verdugos, sus despojos, los bienes de la tierra.

Ese es, no otro, el objeto de las guerras más santas, de las guerras religiosas.

Es evidente que, hasta la fecha al menos, la humanidad no ha procurado excepción a la ley general de la animalidad que condena a todos los seres vivos a devorarse unos a otros para subsistir.

El socialismo, poniendo en lugar de la justicia política, jurídica y divina, la justicia humana, reemplazando el patriotismo por la solidaridad universal de los hombres, y la competencia económica por la organización internacional de una sociedad fundada en el trabajo, será el único que pueda acabar con estas manifestaciones brutales de la animalidad humana, con la guerra.

Pero, hasta que haya triunfado en el mundo, todos los congresos burgueses por la paz y por la libertad protestarán en vano, y todos los Víctor Hugo del universo los presidirán en balde; los hombres continuarán devorándose unos a otros como las fieras.

Está bien demostrado que la historia humana, como la de todas las otras especies de animales, comenzó por la guerra.

Esta guerra, que no tuvo ni tiene más objeto que conquistar los medios de vida, ha pasado por diferentes fases de desarrollo, paralelas a las distintas fases de la civilización, es decir, del desarrollo de las necesidades del hombre y de los medios de satisfacerlas.

Así, animal omnívoro, el hombre ha vivido primero como todos los otros animales, de frutas y de plantas, de caza y de pesca. Durante muchos siglos, sin duda, el hombre cazó y pescó cual hoy aún lo hacen los animales, sin ayuda de más instrumentos que los que la naturaleza le había dado.

La primer vez que se sirvió del arma más grosera, de una estaca o de una piedra, hizo acto de reflexión, se afirmó, sin sospecharlo indudablemente, como un animal pensante, como hombre; porque la más primitiva de las armas debiendo necesariamente adaptarse al fin que el hombre se propone alcanzar, supone cierto cálculo, cálculo que distingue esencialmente al hombre animal de todos los animales de la tierra. Gracias a esta facultad de reflexionar, de pensar, de inventar,

establecidas le traerá la desgracia, causará la ruina de toda la tribu. Y aun hoy día, ¡cuántos políticos, economistas y sedicentes revolucionarios están bajo la misma impresión, apegados a un pasado que se va! ¡Cuántos no tienen otro cuidado que buscar los precedentes! ¡Cuántos famosos innovadores, copistas de las revoluciones anteriores!

Este espíritu de rutina, que tiene su origen en las supersticiones, en la indolencia y en la cobardía, ha sido en todos los tiempos la fuerza de los opresores; en las primitivas sociedades humanas, fué hábilmente explotado por los sacerdotes y los jefes militares, perpetuando las costumbres ventajosas para ellos solamente, que lograron imponer a las tribus.

*

Mientras que ese espíritu de conservación, hábilmente explotado, fué suficiente para asegurar a los jefes la usurpación de la libertad de los individuos; mientras que las solas desigualdades entre los hombres fueron las desiguales naturales, y éstas no se habían aún decuplicado o centuplicado por la concentración del poder y de las riquezas, no hubo aún necesidad alguna de la ley y del aparato formidable de los tribunales y de las penas, siempre crecientes, para imponerlas.

Pero desde que la sociedad empezó a dividirse más y más en dos clases hostiles, la una que busca establecer su dominación y la otra que se esfuerza en sustraerse a ella, la lucha se empeñó. El vencedor se afana en imponer como inmutable el hecho consumado, procurando hacerlo indiscutible, transformando en institución santa y venerable para que los vencidos lo respeten.

La ley hace su aparición sancionada por el sacerdote y teniendo a su servicio la maza del guerrero. Su tendencia es inmutabilizar las costumbres ventajosas a los dominadores, y la autoridad militar se encarga de asegurarle la obediencia. El guerrero encuentra al mismo tiempo en esa nueva función, un nuevo instrumento para asegurar su poder; ya no es el que tiene a su servicio una simple fuerza brutal: es el defensor de la ley.

Pero la ley no es sólo una acumulación de prescripciones ventajosas a los dominadores, que obligan a aceptar y por las cuales se hacen obedecer. El legislador confunde en un solo y mismo código las dos corrientes de costumbres de que venimos hablando: las máximas que representan los principios de moralidad y de solidaridad, elaboradas por la vida en común, y las normas que consagran la desigualdad. Las costumbres que son absolutamente necesarias a la existencia misma de la sociedad, están hábilmente mezcladas en el código con las prácticas impuestas por los dominadores, pretendiendo el mismo respeto del pueblo. «¡No mates!», dice el Código, y «Paga el diezmo al sacerdote», se apresura a añadir. «¡No robes!», dice el Código, y después: «al que no pague el impuesto, se le cortará un brazo».

Tal es la ley, y ese doble carácter lo ha conservado hasta hoy. Su origen es el deseo de perpetuar las costumbres que los dominadores han impuesto para su beneficio. Su carácter es la mescolanza hábil de las costumbres útiles a la sociedad —costumbres que no tienen necesidad de leyes para ser respetadas—, con esas otras costumbres que sólo son beneficiosas

todas estas cualidades se desenvuelven en el hombre anteriormente a las leyes, independientemente de la religión, como en todos los animales sociables. Esos sentimientos y esas prácticas son el resultado inevitable de la vida en sociedad. Sin ser inherentes al hombre (como dicen los sacerdotes y los metafísicos), esas cualidades son la consecuencia de la vida en común.

*

Mas, al lado de esas costumbres, necesarias para la vida de las sociedades y la conservación de la raza, se producen, en las asociaciones humanas, otros deseos, otras pasiones y, por tanto, otros usos, otras costumbres. El deseo de dominar a los otros y de imponerles su voluntad; el deseo de apoderarse de los productos del trabajo de una tribu vecina; el deseo de subyugar a otros hombres para rodearse de comodidades sin producir nada, en tanto que los esclavos producen lo necesario para que sus amos se procuren todos los placeres y todas las voluptuosidades; esos deseos personales, egoístas, producen otra corriente de usos y costumbres. De una parte, el sacerdote, ese charlatán que explota la superstición y que después de haberse libertado él del miedo al diablo, lo propaga a los demás; de otra parte, el guerrero, ese fanfarrón que impele a la invasión y al pillaje del vecino, para luego volver cargado de botín y seguido de esclavos; los dos, mano con mano, llegaron a imponer a las sociedades primitivas costumbres ventajosas para ellos, que han tendido a perpetuar su dominación sobre las masas. Aprovechándose de la indolencia, del miedo, de la inercia de las masas, y gracias a la repetición constante de los mismos actos, lograron establecer permanentemente las costumbres que han llegado a ser el sólido punto de apoyo de su dominación.

Por esto explotan desde luego el espíritu de rutina que se ha desenvuelto en el hombre, que adquiere un grado sorprendente en los niños, en los pueblos salvajes y que se destaca sobre todo en los animales. El hombre, sobre todo cuando es supersticioso, tiene siempre miedo de cambiar cualquiera de las cosas que existen; generalmente venera lo que es antiguo. «Nuestros padres han hecho así, han vivido bien que mal, nos han criado, y no han sido desgraciados; haced lo mismo», dicen los viejos a los jóvenes, cuando éstos quieren cambiar alguna cosa. Lo desconocido les espanta; prefieren estar pegados al pasado, aun cuando este pasado represente la miseria, la opresión, la esclavitud. Podemos asimismo decir que, cuanto más infeliz es el hombre, más teme cambiar de estado, por miedo a ser aún más infeliz. Hace falta que un rayo de esperanza y un poco de bienestar penetren en su triste choza, para que empiece a querer estar mejor, a criticar su antiguo modo de vivir, y esté pronto a arriesgarse para conseguir un cambio. Mientras no le ha penetrado esta esperanza, mientras no se emancipa de la tutela de los que utilizan sus supersticiones y temores, prefiere quedar en la misma situación. Si los jóvenes quieren cambiar alguna cosa, los viejos dan el grito de alarma contra los innovadores. El salvaje se hará matar antes que infringir una costumbre de su país, pues desde su infancia le han dicho que la menor infracción a las costumbres

el hombre perfeccionó sus armas, muy lentamente, es cierto, a través de muchos siglos, y se transformó por esto mismo en cazador o en bestia feroz armada.

Llegados a este primer grado de civilización, los pequeños grupos humanos tuvieron naturalmente más facilidad para alimentarse matando a los seres vivos, sin exceptuar a los hombres, que habían de servirles de alimento, que las bestias privadas de estos elementos de caza o de guerra; y como la multiplicación de todas las especies animales está siempre en proporción directa con los medios de subsistencia, es evidente que el número de hombres debía aumentar en una proporción más fuerte que el de los animales de las otras especies, y que, por último, debía llegar un momento en que la naturaleza inculta no podría ya bastar para alimentar a todo el mundo.

CARTA DECIMA

Si la razón humana no era progresiva; si, apoyándose por una parte en la tradición que conserva en provecho de las futuras generaciones pasadas, y propagándose de uno a otro lado, gracias al dón de la palabra que es inseparable de el del pensamiento, no se desarrollaba más cada vez; si no se hallaba dotada de la facultad ilimitada de inventar nuevos procedimientos para defender la existencia humana contra toda las fuerzas naturales que le son contrarias, esta insuficiencia de la naturaleza habría sido necesariamente el límite de la multiplicación de la especie humana.

Pero, gracias a la preciosa facultad que le permite saber, reflexionar, comprender, el hombre puede franquear ese límite natural que detiene el desarrollo de todas las demás especies animales. Cuando las fuentes naturales estuvieron agotadas, creó otras artificiales. Aprovechando, no su fuerza física, sino su superioridad intelectual, se puso no ya simplemente a matar para devorarlos en seguida, sino a someter, a educar y a cultivar hasta cierto punto los animales salvajes, para hacerles servir a sus fines. Y así es todavía cómo a través de los siglos grupos de cazadores se transformaron en grupos de pastores.

Esta nueva fuente de existencia multiplicó naturalmente más aún la especie humana, lo que puso a esta última en la necesidad de crear nuevos medios de subsistencia. No bastando la explotación de los animales salvajes como los más, comenzaron por devorar a sus enemigos muertos o hechos prisioneros.

Mas, cuando empezaron a comprender la ventaja que había para ellos en hacerse servir por las bestias o en explotarlas sin matarlas en seguida, muy pronto debieron comprender el que podían sacar de los servicios del hombre, el más inteligente de los animales de la tierra. El enemigo vencido no fué ya devorado, sino hecho esclavo, obligado a hacer el trabajo necesario, para la subsistencia de su señor.

El trabajo de los pueblos pastores es tan ligero y tan sencillo que no exige casi el trabajo de los esclavos.

Así, vemos que en los pueblos nómadas y pastores, el número de esclavos es muy reducido, por no decir nulo.

No ocurre lo propio en los pueblos sedentarios o agrícolas. La agricultura exige un trabajo asiduo, diario y penoso. El hombre libre de los bosques y los valles, el cazador como el pastor, se sujetan con mayor repugnancia. Así, vemos hoy en los pueblos salvajes de América, por ejemplo, que es en el sér relativamente más débil, en la mujer, en quien se ceban todos los trabajos más duros y más desagradables. Los hombres no conocen otras tareas que la caza y la guerra, que en nuestra sociedad misma son tenidas por las más nobles, y desprecian todas las otras ocupaciones, permanecen tumbados fumando perezosamente sus pipas, mientras que sus desgraciadas mujeres, las esclavas naturales del hombre bárbaro, sucumben bajo el peso de su faena diaria.

Un paso más en la civilización, y el esclavo toma el papel de la mujer. Bestia de suma inteligencia, obligado a llevar toda la carga del trabajo corporal, crea el ocio y el desarrollo intelectual y moral de su señor.

*

Bakunín anunció una continuación de este importante trabajo. Los numerosísimos escritos que siempre tenían en planta, debieron hacerle olvidar el presente. Por otra parte, toda la obra del gran agitador ha quedado incompleta: su poderosa imaginación, que todo lo quería abarcar, que todo lo abarcaba, nunca pudo acabar la inmensa tarea que se imponía. La voluntad era mayor que la fuerza, con todo y serlo ésta mucho, en aquel hombre grande entre los grandes. Fero, incompleto y todo, nos atreveremos a asegurar que el lector español ha de apreciar la publicación de este librito.

trada de los templos. En esa época las relaciones de los hombres eran reglamentadas por las simples costumbres, por los usos habituales, que la constante repetición hace venerables y que cada uno adquiere desde su infancia, como aprende el procurarse el alimento por la caza y el hacer uso de los animales para la agricultura.

Todas las sociedades humanas han pasado por esa fase primitiva, y en el presente aun una gran parte de la humanidad no conoce leyes escritas. Los pueblos primitivos tienen usos, costumbres, un «derecho rutinario», como dicen los juristas, tienen hábitos sociales, y esto basta para mantener las buenas relaciones entre los habitantes de la villa, de la tribu, de la comunidad. Entre nosotros mismos, hombres civilizados, cuando salimos de las grandes ciudades y nos dirigimos al campo, vemos aún que las relaciones mutuales entre los habitantes son arregladas, no según la ley escrita de los legisladores, sino según las antiguas costumbres, generalmente aceptadas. Los campesinos de Rusia, Italia, España y los de una buena parte de Francia e Inglaterra, no tienen idea alguna de la ley escrita; ésta viene a inmiscuirse en su vida solamente para arreglar sus relaciones con el Estado; en cuanto a las relaciones entre ellos, algunas veces muy complicadas, las arreglan simplemente según las viejas costumbres.

Antes era esta la regla que seguía toda la humanidad.

*

Cuando se analizan las costumbres de los pueblos primitivos, se ven bien marcadas dos corrientes distintas.

Mientras el hombre no vive solitario, se elaboran en él usos y costumbres útiles a la conservación de la sociedad y la propagación de la raza. Sin los sentimientos de sociabilidad, sin las prácticas de la solidaridad, la vida común hubiera sido absolutamente imposible. Y estos sentimientos y prácticas no es la ley la que los ha establecido; son anteriores a todas las leyes. Ni es la religión que los ha prescrito; son anteriores a toda religión; se encuentran entre todos los animales que viven en sociedad; se desenvuelven por la fuerza misma de las cosas, como las acciones que el hombre llama instintivas en los animales; provienen de una evolución útil, necesaria para mantener la sociedad en la lucha que por la existencia debe sostener. Los salvajes acaban por no comerse unos a otros, porque encuentran que es mucho más ventajoso entregarse a otra clase de cultura, en vez de procurarse una vez al año el placer de nutrirse con la carne de un viejo pariente. En el seno de las tribus absolutamente independientes, que no conocen ni leyes, ni jefes, cuyas costumbres nos han descrito muchos viajeros, los miembros de una misma tribu dejan de darse cuchilladas a cada disputa, porque la costumbre de vivir en sociedad ha acabado por desenvolver en ellos cierto sentimiento de fraternidad y de solidaridad; prefieren dirigirse a un tercero para ventilar sus cuestiones.

La hospitalidad de los pueblos primitivos, el respeto a la vida humana, el sentimiento de reciprocidad, la compasión para con los débiles, la bravura, hasta el sacrificio de sí mismo en interés de otro, practicado al principio con los niños y amigos, y extendido, más tarde, a los miembros de la sociedad,

días someten a la crítica todas las bases de la sociedad, venerada hasta el presente y, antes que todo, ese fetiche: la Ley.

Analizan su origen y encuentran, bien un dios—producto de los terrores del salvaje—estúpido, mezquino y malo como los sacerdotes que proclaman su origen sobrenatural; bien la sangre, la conquista por el hierro y el fuego. Estudian su carácter y encuentran por rasgo distintivo la inmutabilidad, reemplazando el desenvolvimiento continuo de la humanidad, la tendencia a inmovilizar lo que debiera desensolverse y modificarse cada día. Preguntan cómo la ley se mantiene, y ven las atrocidades del bizantinismo y las crueldades de la inquisición; las torturas de la Edad Media, la carne viva cortada en tiras por el látigo del verdugo, las cadenas, la maza, el hacha al servicio de la ley; los sombríos subterráneos de las prisiones, los sufrimientos, los sollozos y las maldiciones.

Hoy mismo, siempre el hacha, la cuerda, el fusil y las prisiones; de una parte el embrutecimiento del prisionero, reducido al estado de bestia enjaulada, el envilecimiento de su sér moral; y, de otra parte, el juez despojado de todos los sentimientos que forman la parte más noble de la naturaleza humana, viviendo como un visionario en un mundo de ficciones jurídicas, aplicando con voluptuosidad la guillotina, sangrienta o seca, sin que este loco, friamente malvado, dude siquiera un momento del abismo de degradación en el cual ha caído frente a los que condena.

Vemos una raza, confeccionadora de leyes, legislando sin saber sobre qué legisla, votando hoy una ley sobre el saneamiento de las poblaciones, sin tener la más pequeña noción de higiene; mañana reglamentando el armamento del ejército, sin conocer un fusil; haciendo leyes sobre la enseñanza o educación honrada de sus hijos; legislando sin ton ni son, pero no olvidando jamás la multa que afecta a los miserables, la cárcel y la galera que perjudicarán a hombres mil veces menos inmorales de lo que lo son ellos mismos, los legisladores. Vemos, en fin, en el carcelero la pérdida del sentimiento humano; al policía convertido en perro de presa; el espía, menospreciándose a sí mismo; la delación transformada en virtud, la corrupción erigida en sistema; todos los vicios, todo lo malo de la naturaleza humana favorecido, cultivado para el triunfo de la ley.

Y como nosotros vemos todo esto, es por ello que en vez de repetir tontamente la vieja fórmula «¡respeto a la ley!», gritamos «¡despreciad a la ley y a su atributos!» Esta frase ruin: «¡Obedeced a la ley!», la reemplazamos por «¡Rebelaos contra todas las leyes!»

Comparad solamente las maldades realizadas en nombre de cada ley, con lo que ella ha podido producir de bueno; pesad el bien y el mal, y veréis si tenemos razón.

— II —

La ley es un producto relativamente moderno, pues la humanidad ha vivido siglos y siglos sin tener ley alguna escrita, ni siquiera grabada en símbolos sobre piedra a la en-

LA LEY Y LA AUTORIDAD

Por Pedro KROPOTKIN

— I —

«Cuando la ignorancia está en el seno de las sociedades y el desorden en los espíritus, las leyes llegan a ser numerosas. Los hombres lo esperan todo de la legislación, y cada ley nueva ha sido un nuevo engaño; piden sin cesar a la ley lo que sólo puede venir de ellos mismos, de su educación, del estado de sus costumbres.» No creáis que es un revolucionario el que dice esto, ni siquiera un reformador; es un jurisconsulto, Dalloz el autor de la colección de las leyes francesas, conocida con el nombre de **Repertorio de la Legislación**. Y, sin embargo, esas líneas, escritas por un confeccionador y admirador de leyes, representa perfectamente el estado anormal de nuestras sociedades.

Una ley nueva es considerada como un remedio a todos los males. En lugar de cambiar uno lo que considera malo, empieza por pedir una ley que lo cambie. El camino entre dos villas es impracticable: el campesino dice que él haría una ley sobre los caminos vecinales. Un guardia de campo insulta a cualquiera, aprovechándose de la simpleza de los que le rodean con su respeto: «Tendría que hacerse una ley—dice el insultado—que prescriba a los guardias de campo el ser un poco más corteses.» ¿Que el comercio y la agricultura no prosperan? «Lo que nos hace falta es una ley protectora.» Así razona el industrial, el ganadero, el especulador en trigos, y no hay revendedor de arameles que no pida una ley para su pequeño comercio. El burgués baja los salarios o aumenta la jornada de trabajo. «Hace falta una ley que ponga orden a esto», exclaman los diputados en ciería, en lugar de decir a los obreros que hay otro medio, bastante más eficaz, «para poner orden a esto»: tomar al burgués todo lo que se ha apropiado de las distintas generaciones de obreros. En resumen, para todo una ley: una ley sobre los caminos, una ley sobre los caminos, una ley sobre las modas, una ley sobre los perros rabiosos, una ley sobre la virtud, una ley para oponer un dique a todos los vicios, a todos los males, que no son más que el resultado de la indolencia y de la cobardía humanas.

Estamos talmente pervertidos por una educación que desde nuestra más tierna edad tiende a matar en nosotros el espíritu de rebelión y nos desenvuelve el de la sumisión a la autoridad; estamos talmente pervertidos por esa existencia bajo

la férula de la ley que lo reglamenta todo: nuestro amor, nuestras amistades, que si esto continúa, perderemos toda iniciativa, toda costumbre de razonar. Nuestras sociedades parecen que no conciben poder vivir de otra manera que bajo el régimen de la ley, elaborada por un gobierno representativo y aplicada por un puñado de gobernantes; y tanto es así, que cuando llegan a emanciparse de ese yugo, su primer cuidado es el reconstituirlo inmediatamente. «El año 1.º de la Libertad» no ha durado jamás más de un día, pues después de haberlo proclamado, al día siguiente vuélvese otra vez a someterse al yugo de la ley, de la autoridad.

*

Hace millares de años que los gobernantes repiten en todos los tonos: respeto a la ley, obediencia a la autoridad. Los padres educan a sus hijos bajo ese sentimiento; la escuela se lo fortalece, inculcándoles falsa ciencia, haciendo de la ley un culto, uniendo el bien y la ley de sus superiores en una sola y misma divinidad. El héroe de la historia que ella ha fabricado es aquel que obedece a la ley, que la protege en contra de los rebeldes.

Más tarde, cuando el niño entra en la vida pública, la sociedad y la literatura, diciéndole lo mismo cada día, a cada instante, continúan inculcándole el mismo prejuicio. Aun las mismas ciencias físicas son puestas a contribución, e introduciendo en esas ciencias de observación un lenguaje falso, prestado por la teología y el autoritarismo, llegan hábilmente a enredar la inteligencia, para mantener siempre en nosotros el respeto a la ley. El periódico hace la misma tarea: no hay artículo en el que no se predique la obediencia a la ley, al mismo tiempo que en la tercera página se hace notar cada día su imbecilidad y muéstrase cómo las arrastran por todos los fangos los mismos encargados de mantenerlas. El servilismo ante la ley se ha convertido en virtud, y dudamos que haya un solo revolucionario que no empezase en su juventud por ser defensor de la ley en contra de eso que generalmente se llama el **abuso**, consecuencia inevitable de la ley misma.

El arte hace coro con la **sedicente** ciencia. El héroe del escultor, del pintor y del músico cubre la ley con su escudo, y los ojos inflamados y bufando por la nariz, se apresta a herir con su espada al osado que intente tocarla. Se le elevan templos, se le nombran grandes sacerdotes, a los cuales los revolucionarios titubean en tocar; y si la Revolución viene a barrer una institución antigua, es aún por una ley que ensaya consagrar su obra.

Este hacinamiento de reglas de conducta, que nos han legado la esclavitud, el servilismo, el feudalismo, la realeza, y que se llama Ley, ha reemplazado, esos monstruos de piedra, ante los cuales se han inmolado víctimas humanas, y que no osaba derribar el hombre esclavizado, de miedo a que lo mataran los fuegos del cielo.

*

Ha sido después del advenimiento de la burguesía—después de la gran revolución francesa—que se ha logrado establecer ese culto. Bajo el antiguo régimen se hablaba poco de leyes,

si se exceptúa a Montesquieu, Rousseau y Voltaire, que lo hacían para oponerlas al capricho real; debíase obedecer a los gustos del rey y sus servidores, bajo pena de ser encarcelados o colgados. Pero en el momento y después de la revolución, los abogados llegados al poder hicieron los posibles para afirmar ese principio, sobre el cual debían establecer su reinado. La burguesía lo aceptó sin titubear como su áncora de salvación, para oponer un dique al torrente popular. El sacerdocio se prestó a santificarlo para salvar su barca, que amenazaba zozobrar en las olas del torrente. El pueblo, por último, lo aceptó como un progreso sobre la arbitrariedad y violencia del pasado.

Es necesario transportar la imaginación al siglo XVIII para comprenderlo; es necesario haber derramado la sangre del corazón para comprender, al saber las atrocidades que cometían en esa época los nobles con los hombres y mujeres del pueblo, la influencia mágica que las palabras: «Igualdad ante la ley, obediencia a la ley, sin distinción de nacimiento o de fortuna», habían de ejercer, hace ya un siglo, en el espíritu del pueblo. Este, que hasta aquel entonces había sido tratado más cruelmente de lo que lo era un animal, que jamás había obtenido justicia contra los actos más inicuos de los nobles, a menos de vengarse matándolos para luego ser colgado, se vió reconocido por ese principio, a lo menos en teoría, en cuanto a sus derechos personales, el igual a su señor. Los que hicieron esa ley, prometieron igualmente atender al señor y al hombre del pueblo; proclamaron la igualdad ante el juez del pobre y del rico. Esta promesa ha sido un engaño; nosotros lo sabemos hoy; pero en aquella época fué un progreso, un homenaje rendido a la justicia, como «la hipocresía es un homenaje rendido a la verdad.» Fué porque los libertadores de la burguesía, los Robespierre y los Danton, se basaron en los escritos de los filósofos de la misma burguesía, los Rousseau y los Voltaire que proclamaron «el respeto a la ley para todos», que el pueblo, en el que el ardor revolucionario se agotaba ya ante un enemigo cada día más sólidamente organizado, aceptó el compromiso; dobló la cerviz bajo el yugo de la ley, para salvarse de la arbitrariedad del señor.

Después la burguesía no ha cesado de explotar esa máxima que, con ese otro principio, el gobierno representativo, resume la filosofía del siglo de la burguesía, el siglo XIX. Los ha predicado en las escuelas, los ha propagado en sus escritos, ha creado ciencia y artes con ese objeto, los ha metido por todas partes, como la devota inglesa que mete bajo las puertas los libros religiosos. Y ella ha hecho que veamos hoy reproducirse un hecho execrable: el mismo día del despertamiento del espíritu descontento, los hombres, queriendo ser libres, comienzan por pedir a sus amos que los protejan, modificando las leyes creadas por esos mismos amos.

Con todo, el tiempo y las ideas han cambiado después de un siglo. Encontramos por todas partes rebeldes que no quieren obedecer a la ley, sin saber de dónde viene, cuál es su utilidad, por qué imponen la obligación de obedecerla y respetarla. La revolución que se aproxima es una verdadera **revolución** y no un simple motín; por esto los rebeldes de nuestros

EL PENSAMIENTO VIVO DE RAFAEL BARRET

Hay libros para la noche, para el día y para el alba: los que os encierran con ellos, a meditar; los que se van con vosotros a todo trabajo o lucha, y aquellos que os recuperan de cualquiera paz o guerra, y os ponen sobre el umbral a esperar la aurora. Estos son para mí, los de Barret. Los leo ahora y, como antes, me transmiten las albricias de otro mundo que amanece. Y en mi corazón se empina un canto madrugador.

Rodolfo GONZALEZ PACHECO.

Tengamos conciencia de nuestro destino. Alcemos nuestra ambición hasta tocar el firmamento con la frente. Que nuestra mano o nuestro pensamiento detenga la naturaleza que pasa.

La majestad del Universo brilla sobre nosotros, y vuelve sagrado nuestro esfuerzo humilde. Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero. Hemos salido de las sombras para abrasarnos en la llama; hemos aparecido para distribuir nuestra substancia y ennoblecer las cosas. Nuestra misión es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuestras entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra.

Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecer-nos ignominiosamente. Somos una promesa, el vehículo de intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad.

Nuestro esfuerzo se enlaza a los innumerables esfuerzos del espacio y del tiempo, y se identifica con el esfuerzo universal. Nuestro grito resuena por los ámbitos sin límites. Al movernos hacemos temblar a los astros. Ni un átomo ni una idea se pierde en la eternidad.

Sobre la humanidad se cierne un sueño grandioso y confuso. El horizonte está cargado de tinieblas, y en nuestro corazón sonríe la aurora.

Lo único malo es la resignación. Admiremos a los que no se entregan jamás, a los que tienden sus músculos contra la mole social que a ciegas los aplasta; admiremos la rabia de vivir que agita todavía el cuerpo de los decapi-

tados; admiremos a los que se adelantan desnudos al encuentro de la vorágine y se lanzan a ella para vencer o morir.

Seamos sinceros. Bella es la máxima de amar al prójimo, y más bella la de amar al prójimo que no vemos, al que vendrá mañana. Abriendo nuestra conciencia al viento y a la luz mientras respiremos, quedarán en el mundo, como prolongación de nuestro ser, formas duraderas o efímeras, nobles o humildes, avasalladoras o débiles, pero formas nuevas, formas vivas, que se unirán a otras para engendrar una molécula de Armonía, formas esencialmente nuestras, y única justificación, único objeto de nuestra existencia breve.

Lancemos la semilla al surco desconocido. Suframos. ¿Quién ha dicho que la vida es placer? Entreguémonos. Es el mejor medio de perdurar.

La mayoría de los hombres es incapaz de crear una idea, un gesto. Darán la carne a la generación próxima y nada más. A fuerza de acallar su pensamiento lo han enmudecido para siempre; a fuerza de amordazarlo lo han estrangulado. Su hipocresía ingénita, ha dejado de serlo. De tanto llevar la máscara, se han convertido en máscaras inertes que no encubren sino el vacío. Son los sepulcros blanqueados del Cristo. Parecen vivos y están vacíos.

Lo aborrecible es la hipocresía inútil, universal, que asfixia en germen la originalidad redentora y nos hace lacayos los unos de los otros.

Nuestra existencia es un tejido de absurdos y de cobardías. El traje, la casa, el lenguaje, el ademán; el modo de entender la amistad, el amor y las demás relaciones sociales; las nociones de respeto, honor, patriotismo, derecho, deber; lo que, en una palabra, constituye el ambiente humano está repleto de contradicciones humillantes, pintarrajeado con los grotescos residuos de un pasado semisalvaje, mutilado, en fin, de todo lo que signifique unidad y armonía.

No acaba la humanidad de ser libre. Ha tenido amos durante tantos siglos, que aún necesita del amo. Derribados los espesos muros de su prisión, todavía la aprisiona el recuerdo. Todavía la impiden caminar los grillos ausentes. El aire puro la ahoga. El infinito azul la descaneca. La liber-

tad es también un yugo para ella. Llevamos en el alma la marca ardiente de una esclavitud: el Miedo.

✽

A falta de déspotas históricos, soportan los hombres un enjambre de tiranuelos que no les dejan perder la costumbre: galones y espuelas, cacicatos políticos, capital y usura. El pensamiento teme, la lengua calla y la sinceridad, es siempre un heroísmo.

✽

La voluptuosidad de la sercdiumbre, la conformidad pasiva y como degenerada, es el más firme sostén del engaño y de la crueldad sobre la tierra. No hay verdadero amor a los hombres donde no hay cólera contra la estúpida injusticia de los dolores humanos... Jesús azotó a los mercaderes, maldijo a los ricos y llamó a los fariseos raza de víboras.

✽

Afirmemos valientemente nuestra convicción y no nos dejemos amordazar. El deber supremo no es ser como otros fueron, sino ser como se es.

✽

No creamos en los que pretenden inspirar amor hablándonos de guerra y de sangre. No creamos a los que quizá, bajo frases melosas, están preparando una nueva matanza. La fusión de los pueblos no se hará nunca por arriba. No los que se pavonean y gozan, sino los de abajo, los que trabajan, sueñan y sufren, realizarán la fraternidad humana.

✽

Los seres viven y se transforman de adentro afuera. Estudiad en silencio, edificad vuestro espíritu y vuestro nido. Un buen médico, un buen ingeniero, un buen músico, he aquí algo mucho más importante que un buen presidente de la República.

✽

Adoremos la casta flor humana, purifiquemos nuestras manos en las cabelleras de los niños, acerquémonos a la inocencia perdida. Salvemos la humanidad. Volcamos a los niños y volcamos llenos de respeto y de fe. Así el recuerdo de la niñez propia, recuerdo que canta y que se queja en el fondo de nuestra conciencia, nos será menos triste y evitaremos que en un día quizá próximo, nuestros hijos nazcan manchados, marchitos y viejos como nosotros.

✽

Los niños lo son todo, toda la belleza, toda la verdad, toda la esperanza.

✽

Por los niños se descubre lo que ha resistido al esfuerzo de los filósofos: los hombres son buenos, los crímenes más infames no lo son sino en apariencia. Sólo el bien existe. La realidad es buena, la realidad es feliz.

✽

El hombre no es malo; es tonto. No comprende que sería incomparablemente más feliz en una sociedad de estructura altruista. Ser malo es ser de otra época. El crimen es un anacronismo.

✽

Egoísmo es debilidad. Los cuerpos fríos se calientan a expensas de los otros. Elevad la temperatura de un pedazo de hierro, y a medida que aumentéis la energía del metal, lo iréis haciendo más y más generoso. Llegará un momento que de puro ardiente, resplandecerá y os iluminará el camino.

✽

La energía en exceso desborda y se desparra por el espacio. Las almas generosas desbordan de amor.

✽

El egoísmo cierra el corazón y la caja de caudales con la misma llave.

✽

La debilidad del egoísta proviene con frecuencia de que el medio es pobre, de que no hay para todos. La abundancia reduce el número de egoístas. Los nueve décimos de la población humana no come lo bastante. No nos extrañemos, pues, que el hombre se entregue a la lúgubre pasión del oro.

✽

El delincuente es un enfermo, y la sociedad que condena al delincuente es más enferma aún. No son castigos ni venganzas lo que necesitamos, sino médicos, sobre todo médicos sociales.

✽

¿Jueces? ¿Para qué? ¿Juzgar antes de comprender? Y si algo comprendemos es que el código constituye la causa principal del delito. Considerad que el código mantiene a todo trance la actual distribución de la riqueza, es decir, la actual distribución de la miseria. ¿Y qué es la miseria sino al madre del delito, como lo es de la ignorancia, de la desesperación, del alcoholismo y de la tuberculosis, la madre de la muerte? Sí, el mundo es un inmenso hospital.

✽

Las leyes son esencialmente inmorales. El ideal mismo de la ley idéntica para todos es el colmo de la injusticia, por no tener en cuenta las morales variadas de los individuos.

✽

Las leyes son inmorales a causa de su procedencia. Vienen del pasado, de épocas en que la humanidad era más bárbara, y todavía dentro de aquellas épocas, fueron obra de los hombres más inmorales, de los llamados hombres de acción, dueños del oro y de la política.

✽

El objeto principal de las leyes consiste en mantener inalterables la riqueza del rico y la pobreza del pobre.

✽

Los apaches son los pensamientos de los jueces hechos carne y puñal.

✽

Antes que herir y fecundar la realidad sobria, hay que herir y fecundar los cerebros entenebrecidos de nuestros hermanos los brutales, de nuestros hermanos los supersticiosos, de nuestros hermanos malcados y débiles.

✽

Los intelectuales han confundido el anarquismo con el terrorismo, revelando que ignoran la existencia del apóstol Tolstoi, del sociólogo Kropotkine, de los genios anarquistas que son la honra de nuestra civilización.

**

Los ignorantes se figuran que la anarquía es siempre desorden y que sin gobierno la sociedad se convertiría en el caos. No conciben otro orden que el orden exteriormente impuesto por el terror de las armas. Pero si se fijaran en la evolución de la ciencia, verían de qué modo, a medida que disminuía el espíritu de autoridad, se extendieron y afianzaron nuestros conocimientos.

**

Ningún sabio por ilustre que sea pretenderá hoy imponer sus ideas por el terror. El libre examen es la base de nuestra prosperidad intelectual. La ciencia moderna es grande porque es esencialmente anárquica.

**

Hace falta curarnos del respeto a la ley; la ley no es respetable, es el obstáculo a todo progreso real. Es una noción que es preciso abolir. Las leyes y las constituciones que por la violencia gobiernan los pueblos, son falsas. No son hijas del estudio y del común asenso de los hombres. Son hijas de una minoría bárbara que se apoderó de la

fuerza para satisfacer su codicia y su crueldad. Una ley que necesita del gendarme usurpa el nombre de ley. No es tal ley, es una mentira odiosa.

**

Estamos dentro de la ley como el pie chino dentro del brodequín, como el baobab dentro del tiesto japonés. Somos enanos voluntarios. Y se teme el caos si nos desembarazamos del brodequín, si rompemos el tiesto y nos plantamos en plena tierra, con la inmensidad por delante. ¿Qué importan las formas futuras? La realidad las revelará. Estemos ciertos que serán bellas y nobles como las del árbol libre. ¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo se resume en el libre examen. Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien.

**

Tenemos que contraer alianza con la mujer, alianza íntima y suprema, sin la cual de nada sirve la alianza de los hombres entre sí. Los hombres proyectan el futuro; las mujeres lo hacen. Amadlas y vuestros hijos encontrarán menos odio sobre la tierra. Si las hacéis traición, se hará traición a vuestros hijos. Si no tenéis compasión de ellas, no habrá compasión para vuestros hijos. Si las abandonáis, abandonáis el mundo a la casualidad y la casualidad no tiene entrañas.



EL INFORME KRUTCHEV

Perseverancia

IV



OMO no deja lugar a dudas, la eliminación de Zinoviev, Kamenev y Bukarin, es producto de la arbitrariedad que influye sobre los principios y fundamentos del régimen, del que Stalin fué la mano ejecutora. Igual que en el caso de Trotsky. No lo ignora, aunque lo pretende, Krutchev.

Respecto a ello, y no sin sorpresa, el lector a renglón seguido del ataque a fondo, tropieza con un párrafo que no puede por menos de asombrarle. «Después de todo, dice, alrededor de Trotsky se hallaban gentes cuyo origen no podía encontrarse en la sociedad burguesa. Un cierto número de entre ellos pertenecía a la Inteligencia del partido, y otros eran reclutados entre los obreros». Ello, como se sabe, es ya un aval más que suficiente. Los orígenes familiares han jugado un papel fundamental en el destino de las personas, fuera y dentro del partido, después del golpe de Estado. Máxime cuando se reconoce que: estas mismas personas, no obstante, tomaron una parte activa en el movimiento obrero antes de la revolución, durante la revolución socialista de octubre, y ayudaron a cimentar la victoria de la más grande de las revoluciones. Es preciso en este caso ser miope o tener una conciencia de paquidermo para poder acusar a estas gentes de enemigos del golpe de Estado bolchevique y hallar un justificante a su asesinato.

Y mucho más cuando el mismo Krutchev considera que esto no fué realizado por Lénin en los críticos momentos del desarrollo y expansión del partido, del golpe de Estado y de la guerra civil, no se justifica de ninguna forma en vida de Stalin, que «recurrió a los métodos extremos y a las represiones masivas cuando la revolución había vencido, cuando el Estado soviético estaba consolidado; las clases explotadoras liquidadas; las relaciones socialistas sólidamente enraizadas en todos los sectores de la economía nacional; cuando nuestro partido consolidado políticamente y que se había reforzado, igualmente, desde el punto de vista numérico que ideológico». Hecho que justifica mal la justificación que acerca de los desafueros de Stalin hace Krutchev. Y, menos aún, de la dictadura que no era más que, según ellos, un órgano provisional.

No obstante, si respecto a estos actos de Stalin parece Krutchev desviarse de la línea leninista, es para a renglón seguido volver a identificarse con él. Le sirve, al efecto, de

valladar la actitud de Lenin respecto a los elementos extraños al partido.

«Vladimir Illyitch exigía una actitud intransigente respecto de los enemigos de la revolución y la clase trabajadora, y cuando ello era necesario, recurría a la manera fuerte. No tienen más que recordar la forma en que Lénin combatió a los organizadores revolucionarios de la insurrección antisoviética, los «koulaks» contra-revolucionarios, en 1918, y los otros».

Lenguaje comedido el de Krutchev, respecto a los métodos de Lenin. La manera fuerte a que se hace alusión es como se sabe, la traición y posterior masacre de los revolucionarios de Kronstadt y Ucrania. Y la operada contra los «koulaks» debe ser la concomitancia que se operó con el nombre de la N.E.P., de la que ya se ha hecho referencia más arriba. Los enemigos de la clase trabajadora siguen siendo, para Krutchev y comparsas, no los capitalistas y reaccionarios, sino precisamente los elementos más activos de la revolución social que no comulgan con sus ruedas de molino.

Se desprende de esta cita la ductilidad de la dialéctica de Krutchev. La «manera fuerte» de Lenin, no es otra cosa que el empleo de las medidas de terror aderezadas con salsa de caviar.

LA DIALECTICA DE KRUTCHEV

El flanco más vulnerable de los bolcheviques fué siempre el facilitado por sus propias contradicciones. Cuando deliberadamente se empieza por faltar al más elemental principio de veracidad, no puede pasarse por otro extremo. La dialéctica, fundamento del andamiaje de las teorías marxistas, puede ser un hábil recurso propagandístico de cara a la galería fanatizada. Pero enfrentada al más somero análisis imparcial se desmorona al menor soplo.

Es lo que ocurre con el informe de Krutchev. Pese a toda su habilidad expositiva, esta extensa disertación se contradice en todas sus dimensiones. El ataque empieza por una finta al culto de la personalidad para recabar y valorar las virtudes de la dirección colectiva, no lo puede ser menos. La dictadura no puede ser orientada más que en razón de la falta de divergencias. Es decir, individualmente. Pero aun y admitiendo que pudiera serlo por un grupo, no sería ello óbice para llegar a idéntico resultado opresivo. Y de una u otra forma, si el partido, como el país, quedan regidos por una dirección delimitada, la tesis de la democracia institucional sufre un rudo golpe.

El reproche de mayor peso que se le infiere al ex seminarista parte de la brutal «façon d'agir de Staline a l'égard de la direction du parti et du pays»... Sin embargo, acerca de su proceder, que es lo fundamental, y atropellos sobre la clase trabajadora, se pasa en el más dudoso silencio. No hay sobre ello la menor objeción. Claro que, en este aspecto la identificación de medidas es tan firme que no ha merecido la más leve objeción.

«Es un hecho, dice Krutchev, que numerosas personas, que más tarde han sido suprimidas en tanto que enemigas del partido y del pueblo, habían colaborado con Lenin»... Se intenta con ello sacar la conclusión de las divergencias de métodos entre los dos rectores del sistema. Tolerante el uno, brutal el otro.

La concepción de «enemigo del pueblo», según Krutchev, es original de Stalin. Este «término, dice, facultó la utilización de la represión más cruel, violando todas las normas de la legalidad revolucionaria, contra cualquiera que por no importa qué causa no estuviera de acuerdo con él»... Añadiendo a continuación, «la sola prueba de culpabilidad en uso, contra todas las normas de la ciencia jurídica actual, era la «confesión» del acusado mismo, y como lo han probado las investigaciones hechas ulteriormente, las «confesiones» se tenían por medio de presiones físicas contra el acusado».

Estas prácticas recriminables empezaron a emplearse, para Krutchev, durante el período transcurrido entre los años 35 y 37. Se pretende, por tanto, ignorar la represión de los años 29-30, contra los intelectuales. La del 32 contra las juventudes comunistas. Y la masiva contra el pueblo, a tenor del decreto nacionalizador de la tierra. Pero de esto ya hablaremos más tarde.

Krutchev sólo se interesa en poner en evidencia los desafueros de Stalin contra sus más próximos colaboradores, o, como él dice, la «dirección del partido y del pueblo». Lo demás, para él, carece de importancia. Y hasta lo primero parece serlo igualmente.

No deja de ser sospechosa la actitud de Krutchev al efecto. Su reivindicación de los, según él, tolerantes métodos de Lenin para los errores de sus colaboradores, su conocimiento de las medidas utilizadas para obtener la «confesión» de los acusados y el repudio de Stalin, por la brutal forma de tratar a los dirigentes del partido, se justificaría de no obrar a renglón seguido su ataque a Trotsky, Zinoviev y Bukarin. No hay la menor mención de Kamenev.

Contra éstos, dice Krutchev, «Stalin ha jugado un rol positivo». Aclarando seguidamente, de no ser por ello «no poseeríamos ahora una potente industria pesada, ni tendríamos los kolkozes».

La industria pesada, como se ve, prevalece sobre todo orden de consideraciones en el ánimo de Krutchev. Ella elimina el menor escrúpulo, apartándolo de la línea que sostiene, se tenía trazada paciente y tolerantemente Lenin; desvirtúa la historia, eliminando de la lista de colaboradores de Lenin a los únicos que podían tener derecho a tal título; ignora los métodos de «presiones físicas contra el acusado» y prolifera en el escarnio de los más activos elementos del golpe de Estado bolchevique. Y esto pese a no ignorar que los encartados eran, sin lugar a dudas, los elementos de más confianza de Lenin. Precisamente cuando Lenin decidió librar una decisiva batalla a Stalin, a raíz de sus abusos de poder, fué, como se sabe, en la ayuda de Zinoviev, Trotsky y Kamenev que cifró sus esperanzas.

Francisco OLAYA



MI PEQUEÑA BIBLIOTECA ANARQUISTA

*C'est par le livre, et non par l'épée
que l'humanité vaincra le mensonge et
l'injustice, et conquerra la paix finale
entre les peuples...*

Emilio ZOLA.

—Mucho se ha escrito sobre qué libros son los mejores para leer, para instruirse, para «formarse una inteligencia». Suponte que, si un joven simpatizara con nuestras ideas y nos demandara libros para orientarse, yo en realidad le citaría unos cuantos títulos, pero, pensando en ello, he notado que no existe una biblioteca contando un número reducido de volúmenes que llenara este anhelo documental y propagandístico. ¿Qué piensas tú de esto?

—Que tienes razón. De tratarse de una persona joven, sincera, idealista y estudiosa, como en sí es la hermosa juventud que se inspira en el ideal reclusiano de la vida, debería existir una pequeña biblioteca con unos 50 libros, bien impresos, con letra tipo por lo menos de 10 sobre 10, bodoni, pues esta clase de letra es una de las que más beneficia a la vista, y cuidadosamente seleccionada, para que el lector se formara una preliminar y sólida cultura. Juan Lubbock, ideó una vez en el siglo pasado una lista de cien libros para formar la cultura de las gentes. Algunos, eran hermosísimos. Iniciativa que tuvo eco, pues en Inglaterra y Alemania, varias editoriales comerciales la editaron repetidas veces. A mi juicio, las personas responsables que se preocupan por difundir la cultura anarquista, deberían confeccionar una pequeña colección y procurar editarla, mediante la generosidad y el apoyo de todos los anarquistas sin excepción.

—¿Y por qué solamente debería constar de 50 libros dicha colección?

—Verás. Decía Lutero: «No importa lo que seáis en la vida, tendréis que leer; pero leed y releed unos pocos buenos libros, pues el leer al principio muchas clases de libros ocasiona confusión». Yo calculo que con 50 libros sería suficiente para nuestro joven lector. Pero, tendrían que ser libros bien legibles, comprensibles a la mentalidad de la juventud. Se comete un error dando a un joven estudiante que recién empieza su estudio, un libro de un grado superior. Por ejemplo, sería erróneo a mi juicio, hacerle leer en seguida «El Hombre y la Tierra», de Eliseo Reclus; «El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo; «La Irreligión del Porvenir», de J. M. Guyau; «El Único y su Propiedad», de Max Stirner, o «Nacionalismo y Cultura», de Rodolfo Rocker.

—Lo difícil sería hacer la lista de esos 50 libros, porque según quién se encargara de ella, trataría de poner los títulos que más le agradaran, ¿no te parece?

—Ocurriría probablemente como dices, sin suponer por ello que los amigos que tal hicieran no creyeran que estarían «haciendo el mejor de los bienes». Había una persona, por desgracia desaparecida ya, a la altura de esta misión: Max Nettlau. Aunque se dedicó especialmente a la historia de la faceta bakuniana del anarquismo, el gran sabio, por su «anarquismo sin adjetivos» y su conocimiento panorámico de todo el arco iris libertario, hubiera podido confeccionar esta pequeña colección de que se trata.

—¿Y tú no crees que cualquiera de las colecciones editoriales ahora existentes podrían también, mientras tanto, llenar su cometido al respecto?

—Puesto que estamos en el idioma de Cervantes, hablaremos de las colecciones existentes en español. La que editó a principios de siglo en Valencia, el editor Sempere, la más valiosa de todas, contiene textos inabundables para los que comienzan a ascender por los senderos de la idea, al lado de obras que llenarían fácilmente nuestro cometido. Lo mismo pasa con las ediciones de ESCUELA MODERNA, donde había libritos maravillosamente legibles, al lado de volúmenes propios para sabios de gabinete. Las ediciones barcelonesas de a principios de siglo, afines a nuestro ideario, les ocurría otro tanto. Si estudiamos al respecto la editorial ESTUDIOS, concluiríamos en la misma. Allende los mares, también ocurrió la cosa con la editorial LA PROTESTA o la editorial ARGONAUTA. Son ediciones para personas ya versadas en la idea o para estudiosos con sólidos conocimientos sociológicos. A mi juicio, sólo una editorial se acercó a lo que estamos tratando y fué LA REVISTA BLANCA de Barcelona, con sus novelitas «Ideales» que, posiblemente hicieron más anarquistas que todas las editoriales precitadas. Pero dichas novelitas estaban destinadas a la difusión popular y tampoco podrían formar una inteligencia preliminar anarquista, porque a pesar de su valioso contenido, su misión era iluminar el camino que conduce hacia nuestro ideal.

—Tal vez estés en lo cierto. Supongamos que te la encargaran a ti, la selección de esos 50 libros. ¿Cúales escogerías?

—Me limitaría a 50 títulos ya existentes, sea porque se escribieron en el idioma castellano o fueron traducidos al mismo. Todos han sido editados, una o varias veces. Primeramente cuidaría de la cuestión tipográfica: 10 sobre 10 Bodoni, medida 20 o 22, la composición. Los libros todos del mismo tamaño, los folletos también, con colores agradables en las portadas y el título de la obra impreso con arte. Pero no sólo me limitaría a esto, sino también a ciertas nociones de bibliotécnica pensadas por mí y que creo contribuirían también al placer del estudio.

—¿Cuáles son ellas?

—La adquisición por el lector de un pequeño mueble-biblioteca donde los libros estuvieran preservados del polvo y la suciedad por un vidrio; el nombre a poner a dicha biblioteca que se podría escoger entre los números ya existentes, como «Horizontes Libres», «Semillas Libertarias», etcétera; la numeración de los volúmenes de 1 a 50 que deberían leerse con orden y método para así llegar a un resultado apreciable en cuanto a la capacitación ideológica; la noción de que la biblioteca debe ser individual y no colectiva como la de un centro común de cultura, un ateneo, etcétera, y otras consideraciones para iniciar al estudiante en el noble amor de la lectura.

—Pero, ¿por qué tendría que ser individual?

—Porque el comunismo es antianarquista. Me explicaré: todos necesitamos camisetas. Yo tengo la mía, tú tienes la tuya. No tengo por qué ponerme la tuya y no tienes por qué ponerte la mía. Donde está el error, es cuando uno de los dos acapare las dos camisetas para uso propio y deje al otro sin ninguna, robo calificado por Proudhon con el nombre de propiedad. Sí, la propiedad es un robo, pero cuando se trata de lo que es patrimonio común y no de cuando es propiamente individual. Luego, hay un amor de uno por sus propias cosas innato en cada ser que debe ser respetado. Lo que hay que procurar que cada cual posea particularmente lo que humanamente necesita y, en el caso tratado, cada joven en cuestión debería tener su colección. ¡Ojo, pues, con el comunismo, que vuelve al hombre en animal de redil o ave de corral! El comunismo sólo es aceptable cuando se afina en la libertad de la individualidad. Pero, para que lo comprendas mejor: por ejemplo, a ti te place leer tal revista y a muchos también. Pues bien, cada uno recibe su ejemplar y todo va sobre rieles. Se objetará que habría jóvenes que no podrían «comprar» dicha colección. Entonces, habría organizaciones culturales que, estudiando el caso del solicitante se la prestarían con mil amores o se la regalarían si fuese necesario, siempre y cuando se tratase de un joven prometedor y estudioso.

—Quisiera conocer qué libros serían los que tú escogerías. ¿Puedes citármelos?

—Primeramente la casa editora debería publicar un folletito introductorio para guía del lector, y hay que tener en cuenta que muchos libros deberían ser corregidos de nuevo, cosa fácil, pues ahora entre nosotros por vivir en numerosos países de diferentes idiomas y conocer los modismos de los lenguajes, las traducciones serían más fieles. Los escritos en castellano deberían ser sólo actualizados, etcétera.

—Impaciente estoy por conocer el número 1 de tu colección...

—N.º 1. «A los jóvenes», de Kropotkin. Por la razón de que dicho folleto motiva el *por qué* se debe ser anarquista. Si luego de leído este librito, el lector no es sensible a su belleza, posiblemente nunca poseerá la sensibilidad anarquista, porque si la anarquía es una necesidad bien humana, la arquía es una gran realidad temperamental, cerebral, etc., de los seres humanos. Si fuera lo contrario, ha tiempo que la sociedad hubiera evolucionado por sí sola, por los caminos del bien fraternal, como por sí sola ha evolucionado por los caminos del mal.

Y he aquí mis otros 49 títulos:

N.º 2. «Estela», de Camilo Flammarion. Hermosa novela sobre la injusticia social de los hombres, sobre la tierra esclavizada por el autitarismo, sobre los prejuicios cadavéricos que nos rigen. Mirada hacia el infinito sideral, poetización de la vida.

N.º 3. «Astronomía», de José Comas y Solá. No hay nada que dé más sensación de universalidad anarquista como la comprensión astronómica del cielo, no a lo Verrier, que sólo veía cifras y teoremas, sino a lo Flammarion, bajo el ángulo de la sabiduría. Entonces, aparece la Tierra como un presidio en donde la humanidad está encadenada, o como un sideral manicomio de una especie insensata. Por ello el joven ansía en seguida la formación de un Nuevo Mundo en armonía con la armonía universal que inspira la astronomía.

N.º 4. «En el país de los ciegos», de Heriberto G. Wells. Visión magnífica de utopismo anarquista. Cómo se puede vivir fraternalmente en la Tierra, cómo viven en armonía los protagonistas de esta pequeña gran obra aunque carezcan del hermoso don de la vista. Cómo la unión hace la fuerza y la perseverancia en la voluntad puede desterrar el autoritarismo.

N.º 5. «El arroyo», de Eliseo Reclus. Amor hacia las corrientes de agua, los manantiales de las regiones lacustres, las floridas y verdosas riberas de los riachuelos que bajan de la montaña. El agua: sangre de la tierra. Libro que entusiasma al joven y lo hace admirar a la grandiosa naturaleza.

N.º 6. «Nosotros los bárbaros», de Karen Bramsen. El nomadismo apátrida de un grupo de seres sirve de marco para resaltar la fealdad del sedentarismo de los bárbaros que son los autoritarios que nos rodean. Sí, vivimos en una sociedad bárbara y rodeados por vándalos, tal será una de las conclusiones del joven lector.

N.º 7. «La Montaña», de Eliseo Reclus. Refugio ante los probables sinsabores y las decepciones que nos causen o causemos momentáneamente a los que nos rodean. La concepción bioestética de la montaña será nuestro gran consuelo: picachos de la cordillera, de nieves eternas; sierras montañosas entrecortando el horizonte visual; mar de nubes visto desde uno de los tantos islotes que rasgan la gasa condensada y blanca... ¡La Montaña! Fiel y suprema amiga de nuestra vida.

N.º 8. «El hombre mediocre», de José Ingenieros. Uno de los libros cimero por su sencillez profunda de cuanto se ha escrito a través de los tiempos. El joven, al no pactar con la mesocracia ambiental se sentirá dichoso y encontrará la vida digna de ser vivida.

N.º 9. «La Esfinge Roja», de Han Ryner. La actitud neostoica frente al dolor circundante y la fealdad de la vida. Las enseñanzas de la stoa ateniense dignificando al joven y humanizándolo. El amor respetuoso hacia sí mismo y hacia todos los seres humanos.

A partir de este libro, nuestro estudiante ya dispone de una riqueza ética indispensable para comprender la serenidad reclusiana del ideal anarquista.

N.º 10. «Manual», de Epicteto. El libro más grande de todos los tiempos, a pesar de contener escasas páginas. Familiarización con las enseñanzas fraternistas del gran esclavo frigio. Impasibilidad, voluntad, perseverancia, dignidad en la conducta.

N.º 10. «Misericordia», de Benito Pérez Galdós. La po-

breza como virtud y amor hacia el género humano. Bondad suprema. Iluminación de sabiduría, ejemplarizándose con la luz del sol «que penetra hasta las mismas letrinas y no se contamina». El joven lector sale fortificado y rejuvenecido tras la serena y apasionante lectura de esta gran obra.

N.º 12. «Un filósofo en los bosques», de Henry David Thoreau. Nuestro joven, entusiasta y esculpido ya a sí mismo, paseará frecuentemente con su amiga queridísima: la Naturaleza. Amor hacia las flores, las aves, los ríos, los frutos, los manantiales, las nubecillas, los árboles, los trinos de los pajarillos en los matorrales, el agua que se besará absorbiéndola con la cuenca de las manos, etc., etc.

N.º 13. «Walden», de Thoreau. Cómo puede vivir uno, sin explotar económicamente a nadie, en el seno de la naturaleza. Si un joven a los 22 años no es capaz de construir su «Walden» en el florido marco de la belleza natural, difícilmente habrá gozado de la vida al máximo.

N.º 14. «Entre campesinos», de Enrique Malatesta. Aún lejos de las tentaculares ciudades forjadas por la manía centralizadora de los hombres, nuestro joven verá con frecuencia la condición misera del campesinado asalariado. ¿Cómo podría mejorarse la situación de esos hermanos del campo? El folletito de Malatesta dará la solución adecuada.

N.º 15. «Justo Vives», de Anselmo Lorenzo. Posiblemente las exigencias de la vida objetiva obliguen al joven a vivir en la gigantasia urbana. No importa. «Conservará en el seno de la multitud la serenidad de la soledad» (Emerson dixit). Siempre guiará su noble vida con el timón de la justicia anárquica. Sí, justo vivirá...

N.ºs 16 y 17. «La victoria, el hijo de Clara», de Federica Montseny. Con la obra anterior de Lorenzo, nuestro joven estudiante habrá entrado ya de lleno en el problema amoroso, es decir, en la relación afectiva de los sexos. Conviene, tanto si es varón como si es una chica, leer estos dos tomos de la obra fundamental de Federica, en la que se explica para la juventud el verdadero lugar que debe ocupar la mujer en la vida afectiva y social. El varón procurará respetar a la mujer, viendo en cada chica a una Clara, y las mujeres procurarán también parecerse a ésta.

N.º 18. «El autodidacta», de Han Ryner. La vida no se detendrá en la satisfacción de los placeres momentáneos. se encaminará siempre hacia la perfección ética. Conviene forjarse una cultura uno mismo y para uno mismo. El autodidactismo ofrece una solución al respecto. Ninguna obra mejor que ésta, para seguir dignificando la vida y el estudio de nuestro joven.

N.º 19. «Sembrando flores», de Federico Urales. Pero la vida no debe ni puede ser egoísta. Subjetivismo sí, pero para florecer en el más bello de los fraternismos. «Cada uno debe proyectar hacia los demás lo mejor de uno mismo» (Pacheco dixit). A tal efecto, el sin par librito de Urales, llenará aquí, mejor que ningún otro, esta hermosa tarea.

N.º 20. «La catedral», de Vicente Blasco Ibáñez. Como nuestro joven se sentirá ya anarquista, conviene que aprenda sin demora lo que en verdad es la anarquía: una moral y una ética, esa «máxima expresión del orden» a que aludía Reclus. En castellano no existe ninguna obra más acertada y verídica sobre la moral ácrata que esta novela hermosísima del gran literato español. Tras su lectura, el joven sabrá ya tanto de anarquía como el más versado en la materia.

N.º 21. «Jesucristo nunca ha existido», de Emilio Bossi.

Como con la obra anterior de Blasco Ibáñez, se habrá penetrado en el escabroso problema religioso, conviene entrar de lleno en la liza cristóloga. Nuestro joven aprenderá que Cristo es un mito, pues la historia verídica desconoce su real existencia.

N.ºs 22, 23 y 24. «Diccionario filosófico», de Voltaire. Al entrar en conocimiento con numerosos personajes de la historia y vocablos que se refieren a ella, la consulta es necesaria en cuanto a la significación de los mismos. Nadie como Voltaire y ningún diccionario mejor que éste, para llenar tal cometido. Además, esta gran obra puede leerse fácilmente y será de gran provecho el hacerlo ahora totalmente.

N.º 25. «El quinto Evangelio», de Han Ryner. Si Cristo no es una cuestión histórica, es sin embargo una leyenda poética. Como tal, puede y es necesario, conocer la ideología cristiana primitiva, centralizada en Jesús de Nazaret. Han Ryner, mejor que Renán y otros cristólogos, derramará en el corazón de los jóvenes toda la piedad, dulzura y ternura del sentimiento cristiano.

N.º 26. «Dios y el Estado», de Miguel Bakunín. Conviene ahora enlazar la cuestión religiosa con la cuestión estatal. El gran internacionalista llega a punto. Esta magistral obra, la mejor de todas las que nos ha dejado, la más sencilla de cuantas ha escrito, explica admirablemente y con gran claridad el problema del Estado y el problema de Dios.

N.º 27. «Artistas y rebeldes», de Rodolfo Rocker. Es interesante que se conozcan ya algunas vidas ejemplares. Aquí Rocker enseñará al joven hermosas vidas al servicio de nobles causas.

N.º 28. «La Bodega», de Vicente Blasco Ibáñez. Entrados en las pequeñas biografías, conviene conocer una grande. Se escoge, pues, una de las vidas anarquistas más hermosas. La de Fermín Salvochea es una de ellas. Pues bien, esta novela de Blasco Ibáñez, es la biografía del gran anarquista gaditano, admirablemente escrita, pues todos sabemos que el autor de «Flor de Mayo» y «Entre Naranjos» sabía manejar una pluma.

N.º 29. «Mi vida», de Miguel Bakunín. Del relato de la vida de los otros se pasa a la narración de la propia vida por el escritor mismo. Nuestro joven conocerá, pues, aquí, la «confesión» del autor de «Dios y el Estado».

N.º 30. «Mi Don Quijote», de Federico Urales. Con esta hermosísima obra del gran animador de «La Revista Blanca» y fundador de «Tierra y Libertad», el amor a la vida hermosa y digna, resurge en todas sus páginas. El estudiante irá ratificando la concepción armoniosa que ya tiene del ideal anarquista.

N.º 31. «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», de Miguel de Cervantes Saavedra. Dejemos ahora que nuestro joven acompañe al ilustre manchego y al buen Sancho por los caminos de la Mancha. Sí, se irá contra todos los follones, malandrines y molinos de viento del autoritarismo imperante. Se será en lo sucesivo «quijotesco». Conviene que el lector recuerde y haga un paralelo entre el Quijote de Urales y el Quijote de Cervantes.

N.º 32. «Almanaque de la Novela Ideal» (1928). Un sin número de datos y referencias hermosísimas que debe conocer ahora nuestro joven estudioso.

N.º 33. «Discurso de la servidumbre voluntaria», de Esteban de la Boetie. Se hace saber aquí que el mal social no reside principalmente en el «arquismo» de los de arriba,

sino en el «esclavismo» de los de abajo. A tal efecto, con Reclus se tenderá a la «revolución de las conciencias». Esta obra maestra de la Edad Media será apreciada por nuestro joven estudioso.

N.º 34. «Los hijos del amor», de Federico Urales. Como amar es un modo de crecer, cual aseveraba Martí, es necesario que se conozca lo que el hijo representa. Dejemos que hable Urales con su gran maestría, al corazón y a los nobles sentimientos de nuestros jóvenes. Conviene que en la probabilidad de ser padre, conozca el joven su responsabilidad y la gran trascendencia que eso supone.

N.º 35. «Luisa Michel», por Fernando Planche. El joven debe amar siempre a la mujer. Respetar. Ver en ella lo que ella es en sí; la madre de hecho o la madre en germen. La madre es el crisol que perpetúa la raza. El joven será pues casto, honesto y verá en toda mujer a Dulcinea. Esta hermosa vida de la Michel, le reconfortará y le hará aún apreciar más a ese maravilloso que nos acompaña y al que acompañamos por los senderos de la vida.

N.ºs 36, 37 y 38. «La vuelta al mundo de un novelista», de Vicente Blasco Ibáñez. Viajemos puese por el mundo. Conozcamos las diferentes razas, las contradictorias costumbres, las asombrosas religiones, las innumerables bellezas y los hombres de todas las latitudes. Ninguna obra en castellano como ésta de Blasco Ibáñez para llenar tan preliminar cometido. Sencilla, genial, cautivante, conmovedora. Tras su lectura, el joven conocerá en verdad «lo que es el mundo» y la relatividad de las costumbres y acciones humanas.

N.ºs 39 y 40. «Memorias de un revolucionario», de Pedro Kropotkin. He aquí una ejemplar vida de carácter mundial. Se amará a este gran sabio y se comprenderá mejor aún lo que es en sí la anarquía.

N.º 41. «El apoyo mutuo», de Pedro Kropotkin. Luego de la lectura de la autografía de Kropotkin, hay que penetrar de lleno en la concepción matriz de su ideología y de su ética: el solidarismo humano enfrentado al darwinismo natural. Sí—se concluirá—, la vida fraternal humana es factible porque la ayuda fraternal es posible.

N.º 42. «Apología de Sócrates», de Platón. Introduzcamos a nuestro querido joven en el helenismo libertario. Con este gran librito, comenzará a amar la vida sin mácula de los grandes griegos y seguirá con entusiasmo la apología del más grande de los sofistas contra los tiranos del Aeropago.

N.º 43. «La Grecia libertaria», de Han Ryner. Se le enseñará ahora todas las corrientes libertarias del helenismo. Nadie como Han Ryner para interpretarlas en tal sentido. Nuestro joven, se documentará aquí debidamente.

N.º 44. «La Anarquía a través de los tiempos», de Max Nettlau. La mejor, la más sencilla, la más competente y la más legible de cuantas historias se han escrito hasta la fecha en lengua castellana sobre la historia de la anarquía. Luego de su asimilación y teniéndola siempre en cuenta, nuestro joven sabrá ya de anarquía, más que muchas personas de edad indebidamente informadas.

N.º 45. «El pensamiento liberal en los Estados Unidos», de Rodolfo Rocker. Desgraciado título mal traducido del original que es: «Pioneros de la Libertad en América», y así debería titularse otra nueva edición. Nadie tampoco mejor que Rocker ha descrito y publicado en el idioma de Cervantes, un resumen asequible a todas las mentalidades sobre el anarquismo individualista o mutualista, una de las

ramas principales del anarquismo moderno. Nuestro joven quedará tras su lectura ampliamente informado.

N.º 46. «Formas de vida en común sin Estado ni autoridad», de Emilio Armand. La parte práctica del anarquismo mutualista, sus realizaciones a través de los tiempos. Obra maestra en la materia.

N.º 47. «Crítica anarquista de la sociedad actual», de José Oiticica. Folletito comprensible y sintético sobre la crítica al arquismo imperante que servirá de introducción a la obra que se leerá a continuación.

N.º 48. «El dolor universal», de Sebastián Faure. Gran crítica de la otra gran rama del anarquismo: la anarcocomunista sobre el dominismo de la sociedad autoritaria. Comprensible, sencilla, al alcance de todas las mentalidades.

N.º 49. «Mi comunismo», de Sebastián Faure. El paso de la sociedad actual a la sociedad del porvenir. Programa maravilloso de los socialistas libertarios para la sociedad del futuro.

N.º 50. «Noticias de ninguna parte», de William Morris. Con esta obra se terminaría esta colección de libros, cuyo rol sería de una comprensión exacta y preliminar del ideal anarquista. Como se trata de la más sencilla y de la mejor de las utopías libertarias escritas hasta la fecha y publicadas en castellano, creo que cerraría admirablemente dicha colección.

—*Me parece una linda colección, en efecto, pero ¿no crees tú, que muchos no estarán de acuerdo con ella?*

—Lógico es que así sea. Lo interesante es que quienes opinaran así, presentaran su colección basada en los títulos que creyeran convenientes y en el número de obras que deberían contener. Y que si hubiera la hoy remota posibilidad de publicar una colección así, que se editara la que se creyera mejor.

—*No estaría mal hacerlo así...*

—El sistema de autoestudio para acceder al ideal anarquista es hoy irracional, y el estudiante debe escoger a ciegas o, leer a veces textos inapropiados para su grado cultural. Pues hay que de a poco, para llegar a la cumbre.

—*Pero leyendo una de las grandes obras del anarquismo, hay quien se vuelve anarquista, ¿No lo crees tú así?*

—No lo dudo, como hay quien también lo es por oído solamente (conferencias, charlas, etc.) y nunca ha leído un solo libro, sea porque no sabe leer, sea porque no le gusta el hacerlo. Pero, para todo se precisa un orden y un método. No voy a pretender convencerte de que el orden que yo te presento, es el mejor de todos. Pues habría infinitas opiniones al respecto. Y si tal yo pretendiera, empezaría a actuar como «arquista», es decir, a tratar de imponer—en vez de exponer—, mi pensamiento a los demás.

—*En fin, de todas maneras, es interesante charlar de esto. Sería interesante, ¿no te parece?, que también hubiera otra segunda colección, de enseñanza más superior...*

—Lo esencial sería la colección preliminar y, luego, el estudiante provisto de conocimientos adecuados, podría autodidactamente leer los textos que más le indicara su curiosidad investigadora. Pero, también podría haber otra colección así y, como hablando de estas cosas nos educamos siempre, otro día, charlaremos al respecto.

—*Muy bien, pues otro día conoceremos nuestra segunda ideal colección...*

—Que será tema de otra conversación amistosa entre nosotros dos.

Vladimir Muñoz

Rincón del bibliófilo

Libros de nuestro tiempo

THE GOD OF THE WITCHES (El dios de las brujas). Esta nueva edición de una obra agotada se presenta revisada y aumentada con un capítulo tratando de la situación de la bruja en la estructura social. La tesis de la autora, Margaret Murray, es que nunca ha habido realidad en las brujas y en sus embrujamientos, sino que ha existido una continuación del culto de la fertilidad personificada por los dioses cornudos, culto del cual los hombres enmascarados de la caverna de los Trois-Frères (Tres hermanos) en el Ariège (Francia), indican que era practicado en la época paleolítica. Las iglesias cristianas—católicas como protestantes—, han perseguido descubrirlos y las brujas, con las que con este aspecto persecutivo simpatiza nuestra autora, han sufrido el martirio con un heroísmo que no es inferior al de los primeros cristianos en tiempos del imperio romano. El último capítulo—«La víctima divina»—, se funda en el hecho, reconocido por los tribunales de los inquisidores cristianos, que en los cultos primitivos de la Europa occidental, encarnado en un ser humano, el dios era sacrificado. Partiendo de ahí, Margaret Murray coloca a Guillaume de Roux, hijo de Guillaume el Conquistador, al arzobispo Thomas de Becket, a Juana de Arco y a Gilles de Rais entre las víctimas expiatorias exigidas por el rito ancestral. Estos cuatro personajes fueron por sí mismos hacia la muerte; los cuatro pertenecían a la vieja religión. Al pasar, notemos que la autora del «Dios de las brujas» está al corriente de las dudas subsistiendo sobre la personalidad de la mujer que fué quemada en Ruán con el nombre de Jeanne la Pucelle (Juana la Virgen). En cuanto a Gilles de Rais, nunca cometió los crímenes de los cuales se reconoció indiferentemente como culpable. Editó «Faber and Faber», Londres.

L'IMMORTEL TESTAMENT DE MON ONCLE GUSTAVE (El inmortal testamento de mi tío Gustavo). De Tom Antongini. «Mi tío—narra Antongini—, vivió sin interrupción sus noventa y cinco años bien sonados». De su larga vida, este tío extraordinario, sacó toda clase de enseñanzas. Hizo notar toda clase de consideraciones sobre los más diversos temas. Epicúreo o empírico, es bromeando o con franqueza cómica, como critica las supersticiones de sus gestos: los agarra, los desenmascara, los deshinchia. Siempre el portazo. Es implacable en la denuncia de la ilógica hipocresía o del estúpido puritanismo. He aquí algunas líneas de este hermoso volumen, extraídas de la página 234: «El Estado, la más irracional de las instituciones edificadas por el hombre para su propia desgracia... no considera nunca los vicios del hombre más que en el aspecto de lo que con ellos puede o no ganarse. Se las da de defensor de la Moral. Pero es en palabras que solamente lo hace; si

verdaderamente lo fuese, nunca hubiera habido en ningún país civilizado ni tabernas, ni prostibulos, ni loterías... Los que se obstinan a hacer el amor libremente son para el Estado enemigos públicos. El Estado moviliza todas sus fuerzas contra ellos escondiéndose detrás del banderón de la moral que personalmente se guardaba bien de seguir.» En resumen, he aquí un libro sano, espiritual, que se releerá con placer. Editó «Le Kaleidoscope», París.

LE DISCOURS DE LA DERNIERE CHANCE (El discurso del último intento). Esta obra de Paul Rassinier, víctima de la pasada guerra, es esencialmente un testimonio contra todas las guerras. Hecho esto, se propone hacer un balance de las estructuras económicas y sociales actuales. Finalmente, el autor propone la lucha contra todos los poderes y la reunión de los pacifistas dispersos. La desaparición de Stalin y la nueva actitud de los dirigentes de Rusia (actitud que posiblemente es un engaño más), hacen que este interesante libro quede en las letras mundiales como obra perdurable. Editó «La Voie de la Paix», París.

REGARDS SUR LE DESTIN DES ARTS (Miradas sobre el destino del Arte). He aquí una veintena de ensayos en donde Marcelo Fabri aborda numerosos temas, hasta el de la lengua universal. René Lalou ha precedido este libro con un prefacio que ayudará al lector a profundizar los alcances de Marcelo Fabri, del que algunas tesis deben ser bien estudiadas: tales como la del «arte como compensador de la debilidad humana», el «arte debe desconocer a la razón y conocer a la razón», «el artista (al haberse unido a la fuerza única, supremo motor del mundo) está más allá de las filosofías y de los dogmas, llegando a crearse una «autofía», visión personal del universo». Sus ideas sobre el cine, la radio, la novela sin personajes, la función musical de la lengua, merecen estudios especiales. Resumiendo: un libro leer sin prisa, como si se tratase de saborear un vino añejo. Editado por «Le Cercle du Livre», París.

STALINE M'A DIT (Stalin me dijo) de Camille Ring. Se trata de un seudónimo de Ana Pawker, la comunista de Estado número uno en el país de Panait Istrati. El fondo del relato no es lo que el ex dictador de todas las Rusias haya podido o no podido decir a Ana Pawker en otros tiempos o ahora en los nuestros. Ana se ha volcado a documentarnos sobre las dificultades de una familia burguesa—la suya—, ensayando de ponerse a tono con el régimen comunista y los asuntos de un periódico independiente con la censura y el gobierno. En cuanto a todo lo que concierne

PROPAGAR ES COMBATIR

CONTINUEMOS estableciendo las bases de una sociedad sin amos y sin esclavos, hasta que de tanto machacar el hierro frío, sobre el yunque de la vida que pasa y se transforma sin cesar, logremos moldear las herramientas sublimes que un día servirán para la construcción del más noble y más puro de los edificios que pueda contener el amoroso regazo de una libre sociedad.

Sabemos que gran parte de cuanto decimos, lo dejaron escrito, en síntesis, los maestros del pasado; pero, aparte de estar ciertos de que repetir el origen de las grandes concepciones ideológicas, no es tiempo perdido, a nosotros nos corresponde, no sólo revelar, matizándolo, el contenido profundo de tales pensamiento, sino que también estamos obligados a procurar su debida ampliación, hasta que las débiles retinas de los hombres, acostumbrados a la esclavitud, puedan un día mirar, sin que el reflejo los ciegue, directamente a los rayos luminosos que despiden las imágenes reivindicativas.

Hemos llegado ya a la segunda mitad del siglo XX y las ideas anarquistas—que arrancan de muy le-

jos—, todavía no son suficientemente conocidas. Y si bien es cierto que a muchos les parecerán ultramodernas, cuando tomen contacto espiritual con ellas, captarán también su longevidad, pues el contenido de nuestras ideas es siempre joven y viejo a la vez. Nada mejor para ubicarlas en el tiempo que la eternidad, pues, antes y después del anarquismo, siempre habrá anarquismo. Esta es la realidad, ya que las ideas puras siempre se adelantan a los hechos, y, cuando éstos adquieren vigorosa forma, aquellas se lanzan más hacia adelante, superando cualquier obstáculo y todo pernicioso estancamiento. Es de esperar, por tanto, que, en lo venidero, aprendan los hombres a evitar la malhadada costumbre de oponerse con trabas. Y sepan continuar marchando, tenaces, sobre la ruta de la fraternidad.

Constatamos que Sócrates y Espartaco, Kropotkin y Nestor Makhno, Reclus y Bakunin, Han Ryner y Malatesta, Durruti, Ascaso y León Tolstoy, entre tantos otros, no son genios y revolucionarios pertenecientes al pasado. Ellos están aquí, entre nosotros, con sus descubrimientos ideológicos latentes y sus combates heroicos hirviendo en los corazones de los hombres dispuestos a rebelarse contra la indignidad,

a la Pawker, personalmente, se sabe que no es un espécimen humano muy brillante. Una edición de «Creator», París.

ROBERT LE PIEUX (Roberto el piadoso). Jean-Michel Renaitour, autor que sabe lo que dice, nos ofrece aquí un librito que vale bien su peso, interesante, instructivo, documental. La vida y la época del año Mil, la excomunión de Roberto el Piadoso, la intratabilidad papal, forman la trama de esta biografía novelada de un personaje del cual apenas si nos recordamos, salvo en una pintura célebre y en el espacio forzosamente reducido que le dedican los manuales de historia. Editó «La Tour du Guet», París.

ELEGIE DES LIEUX COMMUNS (Elegía de los lugares comunes). Volumen escrito por Claude Roy para su compañera Clara, cual consta en la dedicatoria. Este nuevo escritor debuta con un dibujo que le hace Picasso. Una colección de poemas, con versos casi siempre bien rimados, que terminan o con proverbios o con el recuerdo de conocidos alejandrinos. El lector queda maravillado por los temas que desarrolla el libro: intimidad hogareña, recuerdo de viajes, dulzura de la amistad. Una edición de «Rouge-rie», Limoges (Francia).

HISTOIRE DE LA LITTERATURE OUVRIERE (Historia de la literatura obrera). De Michel Ragon. «Raras son las historias de la literatura que dan un lugar a la literatura obrera. Es para intentar de llenar tal laguna que Mi-

chel Ragon ha escrito esta obra». (Prefacio de Edouard Dolléans)... Michel Ragon se ha preocupado en detallar y en narrar por el decurso de los siglos las características, las singularidades, el pensamiento dominante, que permiten definir al escritor obrero. No se ha olvidado en señalar las diversas influencias (compañerismo, socialismo, sindicalismo, anarquismo, Universidades populares, regionalismo, arte social, etc...) que han podido accionar o ayudar al florecimiento de algunos obreros o campesinos en las letras. Un capítulo especial versa sobre la literatura proletaria que no debe confundirse con el populismo. Nota en sí exacta, pero falta en este trabajo un índice de los nombres citados, complemento muy útil para quien desee extenderse en la materia y referirse al volumen comentado. Sin duda esta obra tiene lagunas, como las omisiones de figuras tales que en su tiempo llamaron la atención. Entre ellas la de Eugène Bizeau, un campesino viticultor, cuyos poemas embellecieron tantas publicaciones anarquistas (poeta de «Verrugas sociales», «Croquis callejeros», «Paternidad», etc.) Tampoco se menciona al incomparable poeta libertario Paul Paillette, el inolvidable autor de «Tablettes d'un Léopard» (Tabletas de un lagarto)... No obstante ello, este libro debía ser escrito. Y las editoriales libertarias en castellano, harían bien de ponerlo en su índice de traducciones, para darlo a las prensas. Que la «Americalee» bonaerense tome nota de ello. Editó «Les Editions Ouvrières», París.

LECTOR

(Versiones castellanas de V. M.)

la injusticia y el crimen. Si algún día desaparecen todos los atentados, morales y físicos, que contra la faz humana se cometen a diario, entonces quizás habrá llegado el momento de reconocer que todos los grandes maestros, los mártires y luchadores de la libertad, pertenecen por fin, al glorioso pasado de Acracia. Mientras tanto ello no suceda, los menos lejanos y los más antiguos rebeldes habidos al correr de los siglos, son de hoy, de ahora mismo. Ellos sostienen nuestras aspiraciones, con su inteligencia, con su bondad y con su encendido temperamento de avanzada.

De la misma manera que la ciencia de nuestros días, con sus descubrimientos mecánicos, ha logrado deslumbrar—y hasta anular en gran parte—, las posibilidades de captación en el hombre común, las teorías anarquistas, colocan al individuo frente a una necesidad de tensión mental y física que no todos están en condiciones de poder resistir al primer contacto con ellas, y que nadie resiste si no es a partir de una dura prueba consigo mismo y con la sociedad. Pero es necesario repetir hasta el infinito que ni la ciencia, ni el anarquismo, pueden retroceder. Por el contrario, en este sentido, ambos marchan codo a codo, pese a quien pese, desbrozando tinieblas, borrando fanatismos, minimizando sofismas.

Empero, tanto el lenguaje de la ciencia, como el del anarquismo, son claros, concretos y positivos. Todo lo contrario al de sus tozudos enemigos, quienes utilizan a rajatabla y en el mayor desorden posible, toda clase de materiales para combatir sus limpios postulados: palabras y signos ininteligibles; piedras y otros minerales en desuso; idiomas muertos y dialectos destronados; rancias pinturas y hasta notas musicales en ritmo cavernario. Todo les sirve para defender en pantano de sus posesiones. Si carecen de pintores, tienen los de brocha gorda; si no encuentran escultores, contratan picapedreros; si

les faltan escritores, emborronan ellos mismos sus cuartillas. Nunca, por ejemplo, en música, han logrado alcanzar, para abatirlo, el alto vuelo de un genial Pau Casals. Y así con todo. Pero lo fundamental, para ellos, es que la propaganda siga haciendo sus prosélitos. Y que estos prosélitos sean cuanto más cazurros mejor.

Pues bien: si el enemigo que lleva tantos siglos repitiendo las mismas monsergas conocidas, continúa propagando sus mentiras, ¿qué de particular tiene que nosotros machaquemos con nuestras verdades, las verdades de la libertad? Nada. Nuestras ideas necesitan más y más paladines. Por derecho natural y por el bien de la causa.

No ignoramos que la acción es importante; pero acción sin propaganda no contrarresta suficientemente toda la actividad del enemigo. Sin contar que estamos convencidos de que la propaganda es también una forma de acción. Nada hace más daño al fascismo desencadenado que una conciencia que, por la meditación, despierta a la idea de la libertad. Es lo mismo que un tallo que brota y que dará muchas flores, para que los ojos de todos se maravillen al contemplarlas. Cuando un sér recibe profundamente el fluido de acracia, las campanas de la aurora naciente de la fraternidad, se alborotan de alegría y lanzan al aire acojedor la sinfonía de sonidos brillantes que anuncian pronta victoria. Y de los pilares en que se sostiene el edificio de la sociedad corrompida, se desprende un peñasco.

Propagar el anarquismo, es educar y combatir; es impulsar la renovación permanente de todo lo que late en el seno de la vida del hombre. Negarse, cuando se tienen condiciones para sostener este combate, es negarlas a ellas también, porque, las conciencias rebeldes, no pueden permanecer enmudecidas, cuando las bayonetas fascistas amenazan por doquier.

COSME PAULES



POETAS DE AYER Y DE HOY

Canto a la vida

¡Qué ganas de vivir!... ¡Cuánta ternura!
¡Qué dulce ensoñación, bella y bendita!
¡Cómo entona sus himnos la ventura!
¡Cuánto azul en la bóveda infinita!
¡Qué dulce placidez, qué grata calma;
qué tiernas y armoniosas sensaciones!...
¡Oh, qué dulce y qué bello es tener alma
y en la mente nobles ilusiones!...
¡Qué hermosa es la esperanza!... ¡Qué sentida
el ansia de vivir, que rumorea!...
¡Qué bella y qué graciosa es la Vida!
¡Qué grande y qué sublime es la Idea!...
¡Cómo encanta acuciar el pensamiento;
cuánta dicha pensando el ser alcanza!...
¡No se puede albergar un sufrimiento,
mientras pueda evocarse una esperanza!
¡Qué injusto es acusar a la existencia,
cuando hay canciones, risas, frutos, flores...
cuando hay sueños que pueblan la conciencia,
y hay mujeres y pájaros y amores!
¡Cuando hay auras, colinas y torrentes,
y selvas, y en las selvas muchos nidos!...
¡Cuando en frutos estallan las simientes,
y el corazón arrulla con latidos!
¡Qué injusto es acusar a la existencia!
Nada son el pesar y el sufrimiento,
cuando, sobre ellos, fulge en la conciencia
un iris eterna: el Pensamiento.
¿Para qué gestar nada en maldades?
Las penas deben ser siervas sumisas...
¡Todo mal, se combate con bondades;
todo bien, se hace eterno con sonrisas!...
¡La Vida siempre al Bien un canto entona:
cobarde es quien del Mal no sabe hurtarse,
hay más vida en quien ríe, en quien perdona,
que en aquel que alza el puño para vengarse!...
Cuando en lugar de flores, hay abrojos;
cuando al Bien le suceden los agravios,
al contraer, para l'orar, los ojos,
¡distendamos la risa entre los labios!
¡La vida es bella, es grato su miraje;
hagamos que su amor al ser envuelva:
de joven, con las tintas del paisaje;
de viejo, con las galas de la selva!...
¡Oh, noble, maternal, hermosa Vida,
que todo lo fecundas y lo creas:
sólo en ti, lo sublime y grande anida!...
¡Vida, Madre Inmortal; loada seas!

Ricardo P. DARRAQUE

Adaptación de V. M.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

BIBLIOTECA MUNDIAL Y COLECCIONES UNIVERSALES SOPENA, 200 francos volumen sencillo y 270 francos volumen especial.

«El final de Norma», «El niño de la bola», por Pedro A. de Alarcón. — «Pequeños poemas en prosa», por C. Baudelaire. — «Rimas», «Leyendas», por G. A. Bécquer. — Los trabajos de Persiles y Sigismunda, «Entremeses y Poesías», «Novelas Ejemplares» (2 vol.), por Miguel de Cervantes. — «Cartas desde mi molino», «Tartarin en los Alpes», «Tartarin de Tarascón», «Safo», «Port-Tarascon», por A. Daudet. — «Los tres mosqueteros» (E), «Veinte años después», «El viconte de Bragelonne» (4 vol. E), «La reina Margarita» (E), «La dama de Monsereau» (2 vol.), «El paje del duque de Saboya» (2 vol.), «Ascanio» (2 vol.), «Las lobas de Machecoul» (2 vol.), «El collar de la reina» (E), «Angel Fitou», «El conde de Montecristo» (2 vol.) por Alejandro Dumas. — «Obras completas» «Gabriel y Galán» «Werther» por Goethe. — «Casa de muñecas» «El pato silvestre» por Ibsen. — «La princesa de Cleves» por Madame de Lafayette. — «Guía de pecadores» por Fay Luis de G. — «Dafnis y Cloe» por Longo. — «Los novios» por A. Manzoni. — «El vergonzoso en Palacio» por Tirso de Molina. — «Colomba» por P. Mérimée. — «La conjuración de Catilina», por Gayo Salustio. — «Del amor», por Stendhal. — «Abajo las armas» por la baronesa de Suttner. — «Resurrección», por L. Tolstoi. — «Los Maías» (2 vol.), «Epistolario de Fradique Mendes», por E. de Queiroz. — «Mariandela», por B. Pérez Galdós. — «Servidumbre y grandeza militares», por A. de Vigny. — «Roma» (2 vol.), «Lourdes» (2 vol.), «Paris» (2 vol.), «El ensueño», «Nana», «El pecado del abate Mouret», «Una página de amor», «La taberna», «La tierra» (2 volúmenes), «El doctor Pascual», «La Debacle» (E), «La bestia humana», por E. Zola. — «Ben-Hur», por Lewis Wallace. — «Corazón», por E. de Amicis. — «Filosofía fundamental», por J. Balme (E). — «La piel de Zapa», por H. de Balzac. — «La mujer», por Severo Catalina. — «Adolfo», por B. Constant. — «Por un piojo», por Luis Coloma. — «La divina comedia», por Dante Alighieri (E). — «El crimen y el castigo» (E), «La casa de los muertos», por F. Dostoiewski. — «Tiempos difíciles», «Aventuras de Pickwick», «El hijo de la parroquia» (E), «Historia de dos ciudades», por C. Dickens. — «La dama de las Camelias», por A. Dumas (hijo). — «Obras poéticas», por J. de Espronceda (E). — «Salambo», «Madame Evary», por G. Flaubert. — «La novela de un joven uctres», por O. Feuillet. — «El jorobado», por P. Feval. — «Robinson Crusoe», por D. de Foe. — «El libro de los cantares», por E. Heine. — «Los miserables», (2 volúmenes, E), «Los trabajadores del mar», «El hombre que ríe» (E). — «Hen de Islandia», «Nuestra Señora de París», por Victor Hugo. — «El picapedrero de Saint-Pont», por A. de Lamartine. — «El cecario», por Lord Byron. — «La madre», por M. Gorki. — «Mireya», por F. Mistral. — «Utopía», por Tomás Moro. — «Las Confesiones», por J. J. Rousseau. — «Poesías completas», por J. A. Silva. — «Edipo rey», por Sofocles. — «Ivanhoe», por Walter Scott. — «Historias extraordinarias», por E. A. Foe. — «Nido de hidalgo», «Humor», por Turguenev. — «La celestina», por F. Rojas. — «Mis prisiones», por Silvio Pellico. — «La invasión del mar», «Los piratas del Halifax», «El secreto de Wilhelm Storitz», «Familia sin nombre», «Norte contra Sur», «Los quinientos millones de la Begun», «La

caza del meteorito», «Matías Sandarf» (2 vol.) «Viaje al centro de la tierra», «El testamento de un excéntrico», por Julio Verne.

«El naufragio del «Cynthia», «Un capitán de quince años», «Karaban el testarudo», «Los hijos del capitán Grant» (2 vol.), «Escuela de Robinsones», «Veinte mil leguas de viaje submarino», «Cinco semanas en globo», «La casa de vapor», por Julio Verne.

OBRAS DE JOSE ORTEGA Y GASSET. Colección «El Arquero», a 380 francos.

«La rebelión de las masas», «El tema de nuestro tiempo», «Meditaciones del Quijote», «La deshumanización del Arte», «En torno a Galileo», «Viajes y países».

COLECCION «AUSTRAL», 200 frs. volumen; 300 extra.

«La Lola se va a los puertos», por M. y A. Machado. — «El Empeinado visto por un inglés», «Canción de cuna», por G. Martínez Sierra. — «Páginas escogidas» (E), por José Martí. — «Flor nueva de romances viejos», «De Cervantes a Lope de Vega», «El Cid Campeador» (.), «Idea imperial de Carlos V», por R. Menéndez Fidal. — «Vámonos con Pancho Villa», por R. F. Muñoz (.), «Niebla», «Soliloquios y conversaciones», «Recuerdos de niñez y de mocedad», «La tía Tula», «La dignidad humana», «Contra esto y aquello», «La agonía del Cristianismo», por Miguel de Unamuno. — «Águila de blasón», «Romance de lobos», «Sonata de otoño», «La lampa maravillosa», «Cara de Plata», por Ramón del Valle Inclán. — «Vida», por Torres Villarroel (.), «La lucha por la vida», por H. G. Wells.

«El conde «Duque de Olivares» (E), «Ensayos liberales», «Don Juan», por Gregorio Marañón. — «En Flan-des se ha puesto el Sol», por E. Marquina (E). — «Las cien mejores poesías líricas» (E), por M. Menéndez y Pelayo. — «Expedición de los catalanes y aragoneses contra los turcos y griegos», por F. de Moncada. — «Tartufo», por Molière. — «Jóvenes y viejos», «En torno al catecismo», «Vida de Don Quijote y Sancho» (.), «El Cristo de Velázquez», «Tres novelas ejemplares y un prólogo», «El caballero de la triste figura», «San Manuel Bueno, Mártir y tres historias más», «El otro y el Hermano Juan», «El espejo de la muerte», «Soledad», «Pez en la guerra», «De mi país», por Miguel de Unamuno. — «Una partida de ajedrez», por Stefan Zweig.

COLECCION «RECONSTRUIR».

«Reivindicaciones de la libertad», por G. Ernestan 150 fr.
«Arte, Poesía, Anarquismo», por Herbert Read 150 »
«Alejandro Korn, filósofo de la Libertad» 200 »
«Origen del Socialismo moderno» 150 »
«Ni víctimas ni verdugos», por Albert Camus 100 »

OBRAS DE DIFERENTES AUTORES.

«América-Hoy», por Victor García 1.300 fr.
«La Historia». Antologías universales 400 »
«El amor y la amistad». Antologías universales 400 »
«Cultura y civilización». Antologías universales 400 »
«La Libertad». Antologías universales 400 »
«Educación e instrucción». Ant. universales 400 »
«El Estado, la patria y la nación». Ant. univ. 400 »
«Historia del Movimiento Machnovista», por Pedro Archinoff 250 »
«La C.N.T. en la Revolución Española (3 vol.)», por José Peirats 2.200 »
«Cotopaxi», por J. M. Senz Lajara 450 »

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a **Valeio MAS** — Servicio de Librería del Movimiento

4 rue de Belfort — **TOULOUSE** (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)